



- [Por qué me comprometo con la concepción fidelista de Revolución](#) / Olga Fernández Ríos
- [Fi\(d\)eles a su ejemplo](#) / Luis Toledo Sande
- [Fidel, desbrozando caminos](#) / Hassan Pérez Casabona
- [El corazón de un país](#) / Leticia Martínez Hernández
- [La economía internacional y el pensamiento económico de Fidel Castro](#) / José Luis Rodríguez
- [Fidel Castro y la represión contra los intelectuales](#) / Ignacio Ramonet
- [Fidel y la insurrección de la utopía](#) / Guillermo Jiménez Melgarejo
- [Las herejías de Fidel Castro y la Revolución Cubana](#) / Elier Ramírez Cañedo
- [Fidel tendrá siempre todo el tiempo](#) / Yosvany Alberto Montano Garrido
- [Eusebio Leal: “Fidel se entregó sin límites a la causa de su patria y tuvo por patria al mundo”](#) / Magda Resik Aguirre
- [Crónica rota ante la muerte de Fidel](#) / Alexis Díaz-Pimienta



Por qué me comprometo con la concepción fidelista de Revolución

Olga Fernández Ríos

Muchísimas son las razones para que todo un pueblo rinda homenaje al líder de la Revolución Cubana en un momento tan triste como es su partida física. Pero a pesar del dolor, es momento de reflexión y de compromiso con quien nos educó para pensar y sentir como cubanos; el que nos unió y creó las condiciones para que el pueblo actuara como protagonista de la obra colectiva que ha sido y seguirá siendo la Revolución Cubana; el hombre sensible y desprendido; el que elevó nuestro pequeño país a ejemplo y paradigma mundial. Junto con el Che siempre nos recordará que al imperialismo ni un tantico así.

Pero nuestra tarea y compromiso hoy es crecer como pueblo, profundizar en su pensamiento y obra y contribuir a difundirla para que se reafirme como escudo y espada de la nación.

No olvidar que su producción intelectual -nacida del bregar diario y de los retos del proceso revolucionario durante más de 60 años- es una obra integral en la que sobresalen varias facetas como son su permanente reflexión sobre la importancia de los contextos históricos que marcan los derroteros revolucionarios; entender la sociedad como totalidad; su concepción de la historia como condicionante del presente y fuente para su análisis; las relaciones entre teoría y práctica y entre estrategia y táctica, unido al manejo no mecanicista de las regularidades del desarrollo social, contradicciones y oportunidades. A ello se suman su empeño por la integralidad y continuidad de la revolución social, el reconocimiento del lugar del ser humano en ese proceso y del papel de la ética, la individualidad, la crítica y la autocrítica.

Todo ello se sintetiza en su concepto de *Revolución* que resumió el primero de mayo del año 2000 y que hoy, en el marco del homenaje a nuestro Fidel, estamos llamados a reivindicar, no por fanatismo, sino por ser un concepto profundo que es un indudable aporte a la teoría y la praxis de la revolución social. En ese concepto está implícita su sensibilidad humanista que lo llevó a hacer suyo el ideario independentista de José Martí y a desarrollar una inteligente receptividad del marxismo desde posiciones anti dogmáticas.

Su concepto de *Revolución* resalta la necesaria interpretación de las condiciones históricas que en Cuba favorecían las transformaciones en un proceso simultáneo de liberación nacional y de construcción del socialismo que fuera capaz de solucionar los problemas derivados del subdesarrollo y la dependencia del vecino del norte. Expresa un alto sentido de responsabilidad ética traducido en la necesaria correlación entre ética y política con la verdad como bandera y como compromiso.

Su concepción de revolución se apega consecuentemente con su obra como líder revolucionario que desde muy temprano reivindicó la independencia y soberanía nacional junto con el ideal comunista, y desmitificó el esquema que lo consideraba ajeno a las necesidades y condiciones latinoamericanas. Este es también uno de sus grandes méritos, tanto en su manejo táctico como al demostrar que la esencia del socialismo no es contradictoria con las raíces y las tradiciones revolucionarias en nuestro continente, incluyendo las luchas obreras y las expresiones de internacionalismo.

Un análisis de su vida y obra – tan comprometida con el pueblo, como tan integral en sí misma-, muestra que para Fidel *revolución y construcción del socialismo* son conceptos referidos a un mismo proceso anticapitalista y pro socialista en el que la educación de las masas populares, su participación activa y su cultura política son condiciones que garantizan su avance.

Si bien el concepto que más utilizó es *revolución*, también utilizó *construcción del socialismo*, lo que es teórica y políticamente válido para referirse al proceso de transición socialista que se lleva a cabo en un contexto de predominio capitalista mundial, de control por parte de un sistema institucional transnacional en el que ese predominio se apoya y de injerencia y bloqueo de Estados Unidos para evitar el avance de la Revolución Cubana.

En las concepciones de Fidel *revolución y construcción del socialismo* se expresan como unidad. La primera marca el sentido de transformación social, como planteó el primero de mayo del año 2000 de “*cambiar todo lo que tiene que ser cambiado*”, y la segunda tiene que ver con la naturaleza de los contenidos de esos cambios, que no son cualquier cambio, sino los encaminados a sumar condiciones favorables a la sociedad socialista.

A ello se suma que en su compromiso y empeño revolucionario Fidel se apoyó en la crítica como termómetro que mide el resultado de los cambios y el avance revolucionario; es crítica como labor educativa y como instrumento de cambio que introduce un concepto devenido en política, la rectificación, entendida como autocrítica y ajuste de la estrategia de orden socialista.

Entre otros, un ejemplo de esa capacidad educativa de la crítica se puso de manifiesto el 17 de noviembre de 2005 en su intervención en el Aula Magna de la Universidad de La Habana en la que a la vez que reconoció la meritoria hazaña del pueblo que impidió que en Cuba se produjera el derrumbe del socialismo como ocurrió en otros países, realizó un profundo análisis sobre problemas endógenos que pueden arriesgar su continuidad, de ahí que haya que enfrentarlos. En esa ocasión, además de alertar sobre la posible reversibilidad del socialismo, reconoció que uno de los mayores errores cometidos fue pensar que se conocía sobre la construcción del socialismo, reflexión que amerita un análisis mucho más profundo del que estamos en condiciones de realizar en estas reflexiones. Es una deuda que las ciencias sociales cubanas tienen con relación a la

teoría de la revolución social necesitada de mayor profundización en las condiciones actuales de nuestro país y de los procesos de cambio que tienen lugar en América Latina.

Y es precisamente el pensamiento y la obra de Fidel un importante aporte a esa teoría y a la praxis revolucionaria que debe acompañarla. Basta señalar que si retomamos las concepciones de Fidel sobre revolución como “sentido del momento histórico” y acerca del pueblo como sujeto revolucionario plural; su crítica al capitalismo y al imperialismo; las coordinadas socioeconómicas que vincula con la toma del poder político, la hegemonía de los trabajadores concebida en el marco de la necesaria unidad nacional, y el socialismo como solución a partir de las condiciones de nuestro país, encontramos las claves para interpretar sus concepciones sobre la construcción del socialismo que devienen en aportes de obligada referencia en el desarrollo de la teoría de la revolución social. A ello se une su manejo de la táctica, la forma de enfrentar las contradicciones del enemigo, la capacidad de aglutinar fuerzas y la aguda noción del momento idóneo y de la oportunidad para la acción.

Hoy, cuando millones de seres humanos se plantean luchar por un mundo y una sociedad más justa y cuando en varios países el movimiento popular de obreros, campesinos, indígenas, activistas sociales, junto con intelectuales y académicos, retoman la crítica al capitalismo con renovados bríos, las concepciones de Fidel Castro contribuyen al análisis y a la transformación del injusto orden social imperante en el mundo. De igual forma ocurre en Cuba cuando se ha ratificado el socialismo como opción de desarrollo con el empeño y la decisión de no extraviar la ruta escogida que incluye ciclos de rectificaciones y ajustes acordes con los diversos contextos que influyen en la realidad nacional.

En ese empeño, como dice el cantautor, “puede que algún machete se enrede en la maleza”, pero lo importante es saberlo desenredar y para ello los cubanos tenemos una poderosa arma: el legado revolucionario de Fidel Castro. No olvidar que ya hay capacidades creadas para continuar involucrando cada vez más a los cubanos y cubanas en la solución de los desafíos de diversa índole que se enfrentan durante la construcción del socialismo.

En ese empeño no puede faltar el análisis de la obra de Fidel que hoy es más necesaria que nunca cuando en ella se defiende la revolución como movimiento de masas, de ahí el peso que ha concedido a la labor educativa y al diálogo directo con el pueblo que gracias a su obra está plagado de hombres, mujeres y jóvenes educados y cultos, capaces de consolidar el poder político que se despliega desde 1959, y capaces de llevar adelante la revolución como proceso integral y continuo de liberación nacional de carácter antiimperialista y socialista.

Olga Fernández Ríos. Doctora en Ciencias Filosóficas, Investigadora del Instituto de Filosofía, Académica Titular de la Academia de Ciencias de Cuba, Presidenta de la Sección de Ciencias Sociales de la Sociedad Económica de amigos del País.

[Ir Arriba](#)



Fi(d)eles a su ejemplo

Luis Toledo Sande

Desde el seno mismo de la obra revolucionaria que él fundó, de distintos modos se ha dicho que nadie volverá a tener en Cuba la autoridad que décadas de consagración a su pueblo concentraron legítimamente en Fidel Castro. Al vaticinio se suma la comprensión de que se trata de un ser humano cuyos cargos podrán o deberán necesariamente ser ocupados por otros, pero él —de tan excepcional— es insustituible. El propio Raúl Castro, que por méritos propios y de manera constitucional lo reemplazó al frente del Partido y de los consejos de Estado y de Ministros, ha proclamado que únicamente un equipo de trabajo podría dar continuidad a la brega que protagonizó el líder cuya existencia física ha cesado.

Pero el requerimiento colectivo ni empieza ni termina en las estructuras gubernamentales y partidistas: concierne a todo el pueblo, llamado a seguir con tanta disciplina como exigencia participativa y crítica, creativa, no como una mera masa obediente, a quienes lo dirijan hoy y en el futuro. Aunque el Comandante respondió, como responde todo ser humano, a condiciones históricas, y en su caso ello resulta especialmente ostensible a la luz de su descomunal relevancia, insistir en considerarlo el *líder histórico* de la Revolución pudiera limitar la noción de su alcance.

Lejos de agotarse en la historia entendida como pasado, ese alcance es fuerza impulsora que lo sobrevivirá. Fidel continúa siendo, sin linderos frustrantes, el guía por antonomasia de la obra revolucionaria a la que él dio vida entregándole la suya. Pero la capacidad de supervivencia de su legado no sería plena, o pudiera desdibujarse, si se confiara a la inercia, a lo mecánicamente espontáneo. En estos días de duelo Ricardo Alarcón de Quesada, soldado de la Revolución guiada por el Comandante en Jefe, lo ha dicho para una entrevista de la televisión en términos que el autor del presente artículo no podría superar, por lo que intenta reproducirlos de memoria: “A partir de ahora la vida de Fidel está en nuestras manos”.

Sin descartar —hacerlo sería propio de un pensamiento aldeano, mezquino— la contribución que en otros lares se esté en condiciones de aportar o se esté aportando ya, puesto que él personificó al internacionalista en ideas y en actos, la vida que Fidel pueda seguir teniendo, y no solo en Cuba necesitamos que tenga, se encuentra medularmente en manos de su pueblo. A este lo convoca la responsabilidad de cultivar su presencia, más que su memoria, no de modo abstracto o como rito improductivo, sino procurando, día a día, que la patria siga el camino de soberanía y justicia social que él fertilizó con denuedo y sabiduría desde antes incluso de preparar y dirigir los hechos fundacionales acometidos el 26 de julio de 1953.

Con él físicamente vivo nos sentíamos amparados por una fuerza irradiante: por la autoridad política y moral que brotaba de él y no era fruto de formalidades jerárquicas, sino de su indetenible tesón revolucionario, con el cual, al tiempo que actuaba, imantaba a las masas. Tal era, es, la autoridad en la que el pueblo intuía, sabía, que radicaba su poder para propalar hechos e ideas, o frenar —desde sus entornos más inmediatos hasta la nación toda— tendencias o actitudes que

podrían dañar un proyecto cuya legitimidad no se garantiza con la buena voluntad si a esta no la calzan, orgánicamente, los actos que garanticen su eficacia. Menos aún asegurarán su realización los fueros del mercado, los valores imperantes en un mundo donde campean las tentaciones del acomodamiento, modos de vida signados por el individualismo, las ansias de lucro y el sálvese quien pueda.

El proyecto que Fidel fraguó estaría condenado al fracaso si se le separase de la sed de equidad y el fundamento ético heredados conscientemente por él de José Martí, su mentor directo, en quien supo ver —son sus palabras— al “más genial y universal de los políticos cubanos” y al “guía eterno de nuestro pueblo”. Esa es asimismo la estirpe del propio Fidel, revolucionario que, por serlo plenamente, no se conformó con lo posible y se planteó lo imposible.

Así lo hizo Martí al proponerse metas que cualquier pragmático de su tiempo habría considerado inalcanzables: librar a su patria del viejo colonialismo y del sistema de colonización que los Estados Unidos imperialistas se disponían a ensayar en nuestra América, contra el cual el fundador del Partido Revolucionario Cubano se proponía lograr que la independencia de Cuba ayudara a salvar “el equilibrio del mundo”, e incluso “el honor dudoso y lastimado” de la que entonces era potencia emergente y crecía como el monstruo que es.

Atento a las lecciones de Martí, Fidel halló en la obra del Maestro la claridad con que este advirtió que en aquella nación se gestaba a finales del siglo XIX el imperialismo contra el cual esencialmente hizo él *todo cuanto hizo y haría*, según declaraciones testamentarias suyas: el mismo imperialismo que hoy sigue en pie. Aunque lo administren presidentes de elegante astucia u otros que encarnen una decadencia estilo neroniano —propia de un imperio en declive—, continúa siendo un peligro mayor para la humanidad y empeñado en apoderarse de Cuba. Que lo haga con agresividad flagrante o con tácticas diplomáticas supuestamente refinadas no pasa de ser episodios de su esencia imperial. Frente a esa realidad continúa aportando luz el pensamiento del Fidel que sabía denunciar a quienes pretendieran pasar por amigos o hermanos sin serlo.

Los desafíos eran y son ingentes. Pero cuando un pragmático —al que no habría por qué negarle necesariamente buenas intenciones— le aconsejó a Martí que no se desperdiciara en los propósitos que había abrazado como programa de vida cuando —según el pragmático— no había en Cuba “atmósfera de revolución”, el revolucionario radical le respondió: “Usted ve la atmósfera; yo, el subsuelo”. También Fidel tuvo la mirada de zahorí necesaria para calar en las honduras de la historia y vislumbrar el porvenir.

Aun si cupiera tal vez reconocer alguna razón práctica en el pensamiento regido por el pragmatismo —sin ignorar que este, en raíces y en proyección, es propio del sistema capitalista—, una realidad contundente se yergue para desautorizarlo desde la base. Gracias a que Martí se planteó imposibles históricos tales, con trincheras de ideas y con una bien organizada guerra de liberación nacional de implicaciones planetarias, y a que Fidel asumió resueltamente esa herencia en su tiempo, existe hoy la Cuba soberana capaz de proponerse construir una sociedad justa.

Fidel puso toda su creatividad política, su fertilidad ideológica, su capacidad de lucha, en camino de dar continuidad, para salvar a Cuba e impedir que el Apóstol muriese, a las metas que este abrazó y las circunstancias, incluida su muerte, le impidieron lograr. A un empeño similar está convocada por la historia, por la vida, la mayoría revolucionaria del pueblo cubano para que su Comandante no muera. Ello significa, entre otras cosas, no renunciar al propósito de que no haya un niño sin aula, aunque para instruirlo, por vivir aislado en las montañas, sea necesario mantener un escuela en la cual él sea el único alumno.

Esa decisión, que abona el futuro de la patria, es parte de una revolución hecha con los humildes, por los humildes y para los humildes, en la senda que Martí señaló, e hizo suya, al echar su suerte con los pobres de la tierra. Nada de eso debe terminar en simple consigna, sino seguir siendo brújula, y también para afirmar ese propósito será fundamental mantener vivo a Fidel.

En general, lo que para el pueblo cubano significa la partida de su líder —precedida por realizaciones que el contexto histórico y deficiencias internas le imposibilitaron a la vanguardia patriótica cubana de finales del siglo XIX consumir— pudiera compararse con lo que para una familia representa la muerte de un padre extraordinario a cuyas autoridad y grandeza se ha confiado la suerte del hogar. Cuando ese padre falta, la familia tiene una disyuntiva: o se resigna a perder el rumbo y a hundirse en el quebranto y la disolución, o sus integrantes se unen resueltamente para elevarse a la continuidad reclamada por el ejemplo heredado del padre.

Solo una disposición tal, que no cabe dejar solamente en manos de gobernantes y funcionarios por muy brillantes y honrados que estos fuesen, le permitirá al pueblo cubano mantener en pie el legado de su Comandante. Se trata de un logro indispensable para seguir el camino gracias al cual llegó Cuba a ser lo que crecientemente ha sido desde el alba de 1959: una honrosa anomalía sistémica en un mundo donde predominan las reglas capitalistas, las fuerzas imperiales. Lograr que Cuba fuera “un país normal” habría sido fácil: bastaba dejarla a merced del mercado y de la voracidad imperialista de la cual su pueblo fue capaz de librarla, guiado por la vanguardia revolucionaria que Fidel condujo y alumbró.

Ese logro sería insuficiente si no se afincara en un funcionamiento que no solo dé a Cuba un erario próspero y sustentable, sino también las condiciones de un país plenamente vivible con un alegría cotidiana que no debilite la necesaria capacidad de sacrificio. Se requiere para ello, a no menor altura que la eficiencia económica y material, una eticidad firme que caracterice a una ciudadanía honrada en su conjunto y en la acción diaria, individual, de sus integrantes, en quienes el afán revolucionario estaría manco sin la correspondiente disciplina en las normas de convivencia.

Fines tales no se conseguirían si se dejara morir el legado del Comandante. Para las metas que él se trazó como base para el bienestar material y moral del pueblo no servirá el pragmatismo economicista, para el que todo puede reducirse a finanzas y saldos. Unas y otros deben tenerse en cuenta, atenderse; pero, si se quiere que sirvan de veras a los afanes de la justicia social y la dignidad humana, no han de considerarse fines, sino requisitos para asegurar la soberanía de la nación y los grandes ideales redentores.

De ahí la importancia de cultivar la pasión con que, frente a la pérdida física del líder, la gran mayoría de su pueblo honra su memoria y expresa la decisión de mantenerlo vivo. Eso reclama que entre todos seamos Fidel, que tengamos como guía de conducta su estatura histórica y política, lo cual sería tonto entender como que cada uno de nosotros las emulará. La cuestión está en que seamos fi(d)eles a su ejemplo, a su obra, a su tesón, a su voluntad de desafiar y vencer imposibles.

Así como para el ateo Ernesto Guevara, otro grande de su estirpe, el “Patria o Muerte” podía repetirse como un “Ave María purísima” en una obra de transformación que une a los llamados no creyentes y a los creyentes, ante la expresa voluntad popular de mantener vivo a Fidel, de conservar activa la brújula de su ejemplo, cabe decir con fuerza de reclamo: ¡Amén!

[Ir Arriba](#)



Fidel, desbrozando caminos

Hassan Pérez Casabona

Siempre supimos que su obra y ejemplo eran más grandes que cualquier geografía. Ese sentimiento se apoderó de los cubanos, prácticamente desde el instante fundacional. Aquel en el que proclamó con energía, rechazó al mentón de la dictadura batistiana, que el autor intelectual del asalto a los cuarteles Moncada y Carlos Manuel de Céspedes era José Martí.

En realidad toda su vida fue una inacabable batalla por erradicar atropellos, ignominias y desigualdades que segregaban a los seres humanos. Lo mismo sus primeras rebeliones, durante la niñez y la adolescencia, que la extraordinaria transformación revolucionaria emprendida a lo largo de décadas, movilizaron cada fibra suya en aras de lo que el Apóstol llamó "conquistar toda la justicia".

Lo entregó todo, incluyendo su salud, a una causa que concibió a escala global. Cada músculo de su anatomía se consagró sin descanso a pelear por los de abajo, donde quiera que ellos estuvieran. Ni uno solo de sus pasos tuvo como eje posturas sensacionalistas. Defendió a los olvidados y preteridos de todas las latitudes, desde la más absoluta naturalidad que crece a partir de lo real.

Su pasión por un futuro sin expoliados, con la paz como bandera, es un canto a no detenernos jamás. Su fe en las personas, sencillamente no tiene parangón. Ella es una de las claves de la sintonía insuperable que mantuvo con el pueblo, en todos los contextos. Fidel creyó en la fuerza indetenible de las colectividades humanas. Para él, como dijo en infinidad de ocasiones, el talento, incluso el genio, son fenómenos de masas.

Esa concepción en sí misma revela cuán hondo penetró en su ideario el respeto por los sin nombre. Aquellos relegados por las élites, que históricamente detentaron el poder en las sociedades divididas en clases, encontraron en su quehacer cotidiano el testimonio más alto de lo que representa un dirigente político.

Un rasgo inherente a su personalidad es que nunca dejó de crecer, ante los ojos de los cubanos y las personas de bien en el mundo. Su obra fue, desde la arrancada, semillero para la lucha. Un ideario de esa envergadura no podía germinar en un solo sitio. Por eso el "Yo soy Fidel" resuena en los más recónditos parajes, como grito puro del alma que expresa con simbolismo la continuidad de sus batallas.

Los que tomamos la bandera que nos entregó tenemos la enorme responsabilidad, en lo adelante, de proseguir abonando su pensamiento. Es una misión que solo puede cumplirse desde ópticas creadoras. Para honrar su memoria, desde la dimensión proteica que ella porta, hay que desterrar en los procedimientos, y en las soluciones a las problemáticas que surjan, cualquier viso de formalismo o posicionamiento común. Con esa filosofía le tributaremos, desde la cotidianidad, el mayor regalo.

No podremos evocar su figura gigante desde caminos trillados y actitudes maniqueas. Traer a Fidel a la peleas futuras, en aras de levantar un mundo mejor, no será jamás mediante declaraciones memorísticas. Su visión integral de los fenómenos no resiste versículos recitados, como fórmula para entender la compleja realidad con la que lidiaremos.

Él se consagró a la formación de seres humanos cultos, únicos garantes de la libertad, independencia y del socialismo. La Revolución que edificó, he ahí su carácter invencible, tiene como pilares a hombres y mujeres que conscientemente encaramos los más agudos desafíos. No tiene cabida abandonar esas posturas y regodearnos en senderos trillados.

El Comandante en Jefe pervivirá no mediante facilismos a la hora de escrutar el panorama, sino como resultado de la asimilación enriquecedora de su colosal acervo. Si ello se convierte en práctica diaria -el mayor anhelo en el empeño de que sus huellas se paseen por campos y ciudades- entonces la solución exitosa de los entuertos estará a nuestro alcance, precisamente

porque alguien sin par conducirá la pelea, sin que lo hayamos convertido en dogma o decálogo ceremonial.

Eso sí, para reverenciar a Fidel los revolucionarios del mundo estamos obligados a elevar los conocimientos y, especialmente, nuestra cultura política. Ello implica acrecentar las municiones ideológicas, que toman como pivote la aprehensión sensible de la obra humana, en cada una de sus esferas.

No se trata de una persona que cante, pinte o descuelle en la actividad física, cual autómatas refinados. Esa idea es una distorsión rotunda de su principal desvelo a lo largo del tiempo, que reemergió con particular énfasis en la última etapa: dotar al pueblo de una sólida cultura general integral.

Lo trascendente para él radicó en beber de lo mejor de la impronta producida por hombres y mujeres de todas las latitudes, como asidero desde el cual emprender victoriosos la enigmática aventura que implica la construcción del socialismo. Como estuvo permanentemente distante de las representaciones caricaturescas, se esforzó en el presente milenio por concebir y ejecutar programas educacionales, científicos, culturales y de toda índole cuya repercusión estremeció al archipiélago.

En Baraguá, ante la gloria inmortal de Maceo —el 19 de febrero del 2000 que transpiró cada segundo el hálito imperecedero de la Protesta desatada por el Titán de Bronce, el 15 de marzo de 1878—, el pueblo se pertrechó de ese caudal. “Cuba se descubre a sí misma, su geografía, su historia, sus inteligencias cultivadas... (...) Sus armas invencibles son sus ideas revolucionarias, humanistas y universales. Contra ellas nada pueden las armas nucleares, la tecnología militar o científica, el monopolio de los medios masivos de divulgación, el poder político y económico del imperio, ante un mundo cada vez más explotado, más insubordinado y más rebelde, que más que nunca pierde el miedo y se arma con ideas”. (1)

Desentrañar con pericia los retos que impone un planeta signado por enormes inequidades, tanto en el plano público como en el subliminal, solo es viable si disponemos de conocimientos y capacidad de razonar. No en balde precisó, reinterpreta la idea martiana, que sin cultura no hay libertad posible.

En su discurso, el 1ero de mayo del 2000 (en medio del clamor porque un pequeño niño retornara a los brazos de su padre, haciendo valer así el derecho de todos los progenitores tercermundistas) refrendó lo que tantas veces hizo antes: Revolución, entre numerosos puntos cardinales, es cambiar lo que debe ser cambiado.

Ahora, a través de la rúbrica de millones, elevamos aún más la fuerza de ese planteamiento y el resto de los postulados que, desde la belleza de la síntesis, nos entregó desde su tribuna de la Plaza, aquel día inevitablemente cercano.

Tener en el morral la convicción profunda de que una idea justa no puede ser derrotada, así como la utilidad de desarrollar los exámenes de cada tópico con sentido del momento histórico, y no mentir ni violar principios éticos y morales, entre muchas enseñanzas, constituyen igualmente municiones que actúan como “escudo y espada” de la nación para sortear erguidos los escollos venideros.

Fidel es de todos. Del niño que en su pupitre comienza a lidiar con las primeras luces que solo provee la educación; del adolescente secundarista o el estudiante universitario; del joven que sueña con transformar el mundo. Es del campesino que dialoga con la tierra desde la madrugada para extraer de ella los alimentos; del obrero que en talleres y fábricas cincela piezas y construye maquinarias que hagan posible el progreso.

Del científico que pone todo su empeño en vacunas y terapias, que eviten o alivien afecciones y terribles padecimientos provocados por enfermedades. Es también del deportista que pasa triunfante sobre la meta con “el corazón” y de aquel que se queda fuera del podio, pero ganó la presea suprema por su juego limpio, defendiendo su pabellón.

Pertenece al poeta, músico, literato, repentista, escultor, decimista, o cultor circense que, desde la obra individual o colectiva, sabe que el “arte no tiene Patria pero los artistas sí”. Ellos comprenden, en esa línea, que los márgenes abiertos para la creación a partir de enero de 1959 son los más amplios que nunca antes fueron siquiera pensados, en cualquier parte del planeta.

De igual manera acompaña el desempeño de los militares surgidos desde las entrañas del pueblo; de las mujeres que hacen invencible la epopeya; de los educadores sin los cuales el proyecto emancipatorio no perduraría; de los médicos, enfermeras, estomatólogos y trabajadores de la salud en general, que colman los espacios más inaccesibles del universo salvando vidas y multiplicando esperanzas.

Fidel somos todos aquellos que deseamos un mundo donde no exista discriminación de ninguna clase, y en el que la solidaridad se globalice como valor esencial, sobre el cual edificar las relaciones entre los ciudadanos y estados.

Es una exhortación a no desfallecer en el propósito de que todos podamos sentarnos en la misma mesa, sin distinción de credos, razas o cualquier otro elemento que horade la condición humana.

Así como el Apóstol señaló que Bolívar tenía mucho que hacer todavía, Fidel no ha concluido sus aportes a la lucha global que tiene a Nuestra América en el borde delantero. Su presencia en esos derroteros, por el contrario, alcanzará cada día cotas más elevadas, en la misma medida que su pensamiento se nos revele en toda su vitalidad.

Ese Comandante en Jefe pleno, reflexivo, analítico, persuasivo, comprensivo, robusto, humano es un imperativo para los tiempos futuros. Hasta ahora necesitó a su pueblo, y a los revolucionarios del mundo, en el afán de hacer perdurable sus grandes batallas. Desde el 25 de noviembre somos nosotros quienes más requerimos su participación en cada nueva epopeya.

Es más, sin él no será posible vencer, porque estaríamos renunciando a un acervo nutricional que, junto a lo más puro del pensamiento independentista e integracionista –que tiene en el Libertador y Martí sus figuras cimeras- y la poderosa cultura que nos entregaron Marx, Engels, Lenin y tantos otros, es la columna vertebral sobre la que levantamos esa arma insuperable que denominamos la ideología de la Revolución Cubana.

Como han dicho los poetas, Fidel seguirá cabalgando al frente de su pueblo en las horas cruciales de la Patria. Al igual que sucedió durante décadas, prosigue desbrozando la maleza para que las estrellas salgan cada noche y Cuba continúe avanzando.

Sus discípulos –todo un pueblo- apenas nos hemos despedido de su compañía física. Bajo la conducción de Raúl y el Partido hemos jurado que no abandonaremos nuestros ideales, lo que es igual a reencontrarnos permanentemente con quien demostró que sí se puede, incluso en las más adversas circunstancias.

El ¡Hasta Siempre! de estas jornadas es apenas un punto de partida hacia un futuro más luminoso, que lo tendrá como protagonista. Esa convicción cura en alguna medida, como nos enseñó el Che, cualquier desgarradura. Es cierto que nada será igual, pero también lo es que en las próximas centurias se hablará de Fidel en mayúsculas, y que solo se podrá salir airoso, en las diversas encrucijadas que se presenten, teniendo su ideario como brújula.

(1) *Juramento de Baraguà*, Ver en: <http://www.radiorebelde.cu/noticias/nacionales/ficha-juramentobaragua.html>

[Ir Arriba](#)



El corazón de un país

Leticia Martínez Hernández

Cuando crees que respondiste las preguntas más difíciles, ella te lanza otra, la más terrible: “¿Mamá, que hay en esa cajita?”. El corazón de un país, mi niña, le respondo con inmensas ganas de llorar. Ella se acerca, me abraza. Sabe que algo feo pasa, porque se supone que los padres no lloren.

No hablé más, pero quise decirle que ahí va **Fidel**, que esas son sus cenizas, que esa es su bandera y su pueblo; que su familia está destruida; que el rostro de Dalia, su esposa, es el rostro del dolor más hondo; y que el saludo marcial de Raúl al despedirlo es el compromiso en estado puro. Quise explicarle que el Comandante en Jefe de la Revolución regresa a **Santiago de Cuba** por la mismísima columna vertebral de la nación, que regresa victorioso, escoltado de nuevo por palomas; quise anunciarle que se reunirá con Martí, con Maceo, con Céspedes, con su queridísimo Frank...

Quise contarle que Cuba lleva cuatro días llorando, con banderas a media asta y un silencio ensordecedor; que sus hijos se niegan a decirle adiós y lo asumen eterno; que más de un millón de agradecidos se reunieron en la Plaza de la Revolución, la Plaza de Fidel, ahí donde tantas veces nos convocó. Quise darle detalles de la noche anterior, cuando ella dormía tranquila y la Plaza se convirtió en una inmensa torre de Babel, donde se escuchó ¡gracias, Fidel! en todos los idiomas.

Hubiera querido hablarle de su isla, esta isla minúscula y bendecida que parió hombres colosales como Martí y Fidel, hombres que se dieron por entero a la Patria, que situaron a este país en la órbita latinoamericana y mundial, que amaron un ideal y se fueron a pelear por él, que sufrieron todo tipo de injurias, que fueron y son amados.

Quise decirle que vive en un país inmenso, que es parte de un pueblo hermoso, un pueblo agradecido que llora y se crece, que no olvida, que cumple sus promesas y que seguirá, como terco Granma, sobreviviendo a todas las olas.

Quise hablarle de mi confianza en que la muerte de Fidel es impulso, es convocatoria a seguir construyendo lo extraordinario, a juntarnos todos en un abrazo por encima de las diferencias, a concentrarnos en lo que verdaderamente importa y decide.

Quise decirle muchas cosas que he dejado en pausa para cuando acumule más años. Por lo pronto sabe que un corazón va recorriendo Cuba de una punta a la otra. Y una niña de cinco años bien conoce que sin corazón no es posible la vida, que palpita en medio del pecho, que basta poner la mano para sentirlo y que de él emana lo mejor. No sabrá qué son las cenizas de un ser humano, pero sabe que su país sigue con vida.

[Ir arriba](#)



La economía internacional y el pensamiento económico de Fidel Castro

José Luis Rodríguez

I

En esta hora de dolor y recuento resulta incuestionable el enorme impacto de las ideas de nuestro Comandante en Jefe en el pensamiento más revolucionario y creativo en múltiples esferas del saber.

Será preciso un estudio más profundo de su pensamiento para lograr aquilatar cuanto y como logró adelantarse a su tiempo este líder extraordinario, cuyo legado hoy forma parte del patrimonio de la humanidad.

No obstante, podemos hoy anticipar que una de las esferas donde resultó muy notable su conocimiento práctico para la solución a numerosos problemas de la vida política y social de los pueblos, fue la de la economía internacional.

Fidel no fue profesionalmente un economista y su análisis de los problemas económicos y sociales presentes en las relaciones internacionales no emergió de un estudio puramente académico de las complejas realidades del mundo actual, aunque hay constancia de sus estudios autodidactas sobre estos temas. En verdad fue la asimilación de conceptos funcionales a la política más revolucionaria, derivados del estudio de la historia y de la experiencia práctica en el caso de Cuba, lo que condujo a la formulación de conceptos que constituyen un aporte teórico singular en el ámbito de las relaciones económicas internacionales.

Las bases para esos análisis encontraron una matriz en la combinación del marxismo con el pensamiento de José Martí y lograron una expresión concreta en múltiples aspectos, tanto en la estrategia de desarrollo, como en la política económica aplicada en Cuba, así como en la promoción de una política –en muchos aspectos original- para el enfrentamiento al imperialismo y la salida del subdesarrollo en el Tercer Mundo.

Entre los múltiples elementos que han conformado las ideas de Fidel Castro sobre las relaciones económicas internacionales reviste especial importancia su visión del desarrollo como una constante a lo largo de los años.

Como se conoce, el análisis de los problemas del desarrollo ganó importancia después de la segunda guerra mundial, cuando emerge un nuevo equilibrio sociopolítico en el mundo con la descomposición del sistema colonial, el surgimiento de la comunidad socialista en Europa y el inicio en Asia de la construcción socialista en China, Corea y Vietnam.

Las discusiones académicas sobre las vías para acceder al desarrollo en los países pobres se dirigieron inicialmente hacia teorías que trataron de igualar las condiciones originarias de surgimiento del capitalismo con la situación del Tercer Mundo, para fundamentar la idea de que era posible lograr el desarrollo de los pueblos más atrasados en los marcos del sistema capitalista. Esta tesis se contraponía al enfoque que concebía el subdesarrollo precisamente como una consecuencia del desarrollo capitalista de los países colonizadores.

Una de las tesis de los apologistas del capital fue la identificación del proceso de desarrollo básicamente como un fenómeno de crecimiento, en cuya cuantificación cifraban el logro de las transformaciones esenciales para desarrollarse. Múltiples ensayos se publicaron a partir de los años 50 basados en una visión de este tipo.

Para otros autores de trabajos publicados en esa época, -que resultaban minoritarios, incluso en el ámbito de la teoría marxista- quedaba clara la diferencia entre crecimiento económico como condición necesaria pero no suficiente del desarrollo. Pero no resultaba explícita aún la necesidad del avance social para alcanzar el desarrollo y este como un proceso incompatible con la dominación capitalista.

Ajeno a estos debates académicos, pero poseedor ya entonces de una cultura marxista en ciernes, Fidel Castro plantearía en 1953 en el juicio por el asalto al cuartel Moncada una visión integradora del desarrollo de componentes económicos y sociales al expresar “El problema de la tierra, el problema de la industrialización, el problema de la vivienda, el problema del desempleo, el problema de la educación y el problema de la salud del pueblo; he ahí concretados los seis puntos a cuya solución se hubieran encaminado resueltamente nuestros esfuerzos, junto con la conquista de las libertades públicas y la democracia política.”¹

Años más tarde se expresaría: “En el Programa del Moncada, que con toda claridad expusimos ante el tribunal que nos juzgó, estaba el germen de todo el desarrollo ulterior de la Revolución. Su lectura cuidadosa evidencia que nos apartábamos ya por completo de la concepción capitalista del desarrollo económico y social.”² Por otro lado, también se precisaría su idea sobre el desarrollo al plantearse en 1981 “El desarrollo no solo es económico, sino también social. Puede haber un crecimiento económico, deformado o dependiente, que no sirva a este objetivo ni conduzca a los fines esperados. Una política económica y social acertada debe tener como centro y preocupación al hombre.”³

Una vez cumplido el Programa del Moncada en octubre de 1960 y creadas las bases de la propiedad social, se planteó la necesidad de elaborar una estrategia de desarrollo para el país donde el peso de la industrialización como política central para ello había comenzado a ganar fuerza desde 1959.

Ya en La Historia me Absolverá Fidel Castro había colocado la industrialización como un tema fundamental. También en el propio año 1959, al asumir el cargo de Primer Ministro, había destacado entre los propósitos del gobierno la inversión de 2 000 millones de pesos para el desarrollo industrial⁴ y en su intervención en la Reunión de los 21 celebrada en Buenos Aires en mayo de ese año, se había referido al debate sobre la industrialización, unido a las fuentes de la inversión para desarrollarla y la conveniencia de la integración económica en América Latina.⁵

Favorecían este enfoque a favor de la industrialización acelerada como vía más rápida para el desarrollo un conjunto de factores: el papel históricamente jugado por la industria en los países desarrollados, incluyendo la experiencia de los países socialistas en Europa; la visión de rechazo a la monoproducción azucarera que había primado hasta entonces; la influencia de las tesis del desarrollismo y la industrialización sustitutiva de importaciones promovida por la CEPAL y por los asesores internacionales que trabajaron en Cuba durante los primeros años como Michael Kalecki⁶ y Juan F. Noyola⁷ entre otros; las capacidades ociosas existentes en la industria -que llegaban al 60% de sus potencialidades- y la voluntad de buscar soluciones rápidas para dar respuesta a las demandas populares.

La introducción de estas valoraciones se concretaría en el Plan Cuatrienal de Desarrollo 1962-1965,⁸ donde la estrategia económica implícita en el mismo contemplaba la industrialización acelerada a partir del desarrollo de la industria pesada, la diversificación de la agricultura y la sustitución de importaciones.

De no menor importancia en la aplicación de la estrategia de desarrollo basada en la industrialización sería el inicio de la planificación como elemento central del incipiente sistema de dirección económica del país.

La concepción del plan supondría, como política permanente, contemplar también los aspectos sociales junto al desarrollo industrial: “Este plan tiende a la solución de una serie de problemas.

Está, por ejemplo, primero que nada, el aumento de los bienes de consumo necesarios para el pueblo. Una de las metas. La creación de todos los empleos posibles, del máximo de empleo posible para el pueblo; los planes de educación, es decir, crear las condiciones que permitan estudiar a toda la población escolar de nuestro país; las construcciones de viviendas necesarias a satisfacer las necesidades de nuestro pueblo; los servicios, por ejemplo, del transporte, que son tan importantes. Y, fundamentalmente, crear las bases de una industria capaz de construir maquinarias y de asegurar el desarrollo de nuestra economía.”⁹

Sin embargo, esta estrategia de industrialización no avanzaría exitosamente tomando en cuenta un conjunto de factores. Para Fidel quedaría claro que la experiencia mostró que la capacidad de ahorro interno no alcanzaba para un proceso de desarrollo de este tipo, por lo que se requería del financiamiento externo indispensable para lograrlo, unido a un nivel de calificación superior de los trabajadores.

Uno de los elementos más interesantes en este momento fue la capacidad de Fidel Castro para comprender que debían crearse determinadas condiciones para siquiera aspirar al desarrollo del país por la vía de la industrialización.

De tal modo, ya en 1963 se implementó una estrategia de creación de condiciones para la industrialización del país a partir de los recursos que se disponían en esos momentos: la producción de azúcar y la producción agrícola no azucarera, considerando en ella prioritariamente la ganadería y la producción de alimentos.

En el discurso pronunciado el 2 de enero de 1965, Fidel Castro señalaría: “La agricultura será, pues, la base de nuestro desarrollo económico, y la agricultura será la base de nuestro desarrollo industrial.” Más adelante –en septiembre de 1966 se precisaría: “No se ha desechado la industrialización sino que se ha puesto el énfasis principal en el desarrollo económico del país, dando a la agricultura el máximo de impulso durante estos años.”¹⁰

Unido a esa definición se previó contar con un volumen de recursos financieros externos indispensables, a partir de las negociaciones que aseguraron la exportación de azúcar al mercado de la URSS bajo condiciones más favorables que las del mercado mundial. Para ello se elaboró un plan que permitiría incrementar las exportaciones en 400 millones de pesos mediante la producción de 10 millones de toneladas de azúcar en 1970, cual demandaba un programa de inversiones por 844,3 millones de pesos. Para asegurar el incremento de otras producciones y exportaciones agropecuarias, se estimaba una inversión de otros 660 millones de pesos.

Como se conoce, esa meta no se alcanzó producto de errores subjetivos básicamente en el terreno de la política económica.

Al respecto no debe pasarse por alto otro elemento que marcaría la diferencia entre Fidel y otros dirigentes en el mundo: su honestidad y enorme espíritu autocrítico ante los errores y las deficiencias visibles en la economía al asumir personalmente su responsabilidad. En el Primer Congreso del Partido Comunista de Cuba, celebrado en 1975, Fidel señalaría: “Nuestra gestión económica no ha sido todo lo eficiente que podía haber sido. (...) En la conducción de nuestra economía hemos adolecido indudablemente de errores de idealismo y en ocasiones hemos desconocido la realidad de que existen leyes económicas objetivas a las cuales debemos atenernos.”¹¹ En otras ocasiones se reiterarían estos enfoques, el último de los cuales se realizaría en su discurso de la Universidad de La Habana el 17 de noviembre de 2005 cuando señaló “Este país puede autodestruirse por sí mismo; esta Revolución puede destruirse, los que no pueden destruirla hoy son ellos; nosotros sí, nosotros podemos destruirla, y sería culpa nuestra.”¹²

Por otra parte, es conveniente señalar que no se materializaron adecuadamente las interesantes conclusiones de los debates sobre la construcción socialista que tuvieron lugar entre 1963 y 1964 en el seno de la dirección cubana.¹³, caracterizados por una intensa polémica en el contexto de las reformas económicas que se debatían en los países socialistas europeos y China, aportándose

entonces –particularmente por el Che- una visión propia de la política económica a adoptar como país socialista en la búsqueda del desarrollo. En este punto cabe apuntar, que aunque el Comandante en Jefe no participo directamente en la polémica, sus opiniones eran coincidentes con las del Che entonces.

La valoración crítica de la política soviética basada en el cálculo económico enarbolada por el Che y su propuesta del Sistema de Financiamiento Presupuestario, introdujeron al país en una confrontación de ideas con destacados economistas marxistas de aquellos años como Charles Bettelheim¹⁴, Ernest Mandel¹⁵ y Paul Sweezy¹⁶. A la altura de 1987 en un memorable discurso, Fidel Castro resaltaría el valor de las ideas económicas y políticas del Che y su validez universal para la construcción de la nueva sociedad.¹⁷

La experiencia de los años 60 llevó a una importante formulación por parte de Fidel Castro en 1969. En el discurso del 20 de diciembre de ese año, se expuso: “Marx concibió el socialismo como resultado del desarrollo. Hoy para el mundo subdesarrollado el socialismo ya es incluso condición del desarrollo.”¹⁸

La valoración del socialismo como sistema y la necesidad de recursos financieros externos para el desarrollo llevaba a la conclusión de que –en la experiencia de la Revolución cubana- solo con la colaboración del socialismo como sistema sería factible avanzar hacia el desarrollo. Así había quedado formulada expresamente esa idea en el discurso del 1º de mayo de 1971, cuando se afirmó: “...nosotros hemos podido avanzar no solo porque hemos hecho cambios sociales y los hemos sabido defender, sino porque hemos establecido el nuevo orden económico internacional en nuestras relaciones con los países socialistas.”¹⁹

Más adelante esta tesis se complementaría con una visión más integral acerca del significado del sistema socialista para el desarrollo, cuando el 2 de diciembre de 1976 se planteó: “...debemos decir que la primera y genial concepción del socialismo fue la del socialismo como consecuencia del desarrollo. Mas, cuando una parte del mundo se desarrolló extraordinariamente y otra se quedó increíblemente subdesarrollada, el socialismo como sistema se ha convertido ya, incluso, en una condición del desarrollo.”²⁰

Esta idea tendría que enfrentar el desafío histórico que representó, años después, la desaparición del socialismo en Europa y de la URSS en 1991, cuando fue preciso generar otras fuentes alternativas de recursos externos sin renunciar al socialismo.

Una expresión concreta del papel del sistema socialista para emprender el camino al desarrollo se materializaría con el ingreso de Cuba al CAME en julio de 1972 y los acuerdos económicos alcanzados con la URSS en diciembre de ese año, los que sentaron las bases institucionales para comenzar el proceso de industrialización de la economía cubana en los marcos el sistema de división internacional socialista del trabajo, proceso que tendría particularidades propias en el caso cubano.

En este sentido nuestro país subrayaría la dualidad del proceso de integración económica socialista de Cuba con América Latina. Al respecto el comandante Fidel Castro destacaría: “Somos parte de la comunidad socialista, a la cual nos integramos, y somos parte también de la comunidad de pueblos latinoamericanos, a la cual nos integraremos plenamente algún día, y con aquellos gobiernos capaces de adoptar posiciones independientes y progresistas estamos dispuestos a hacer el máximo a nuestro alcance en los terrenos de la colaboración y el intercambio económico, cultural y científico-técnico.”²¹

Una proyección institucionalmente más definida de las ideas de líder de la Revolución cubana sobre el desarrollo encontraría un cauce propicio con la presidencia del Movimiento de Países No Alineados (MPNA), que Cuba ocuparía entre 1979 y 1983.

El discurso pronunciado por Fidel Castro en Naciones Unidas el 12 de octubre de 1979 a nombre del MPNA recogió un detallado análisis de la situación socioeconómica del Tercer Mundo y planteó la necesidad concreta de recursos para el desarrollo a partir de la reducción de los gastos militares por un valor de 300 000 millones de dólares en el contexto de la batalla por el establecimiento de un Nuevo Orden Económico Internacional (NOEI). Al respecto se afirmaría: “El mundo invierte cada año en gastos militares más e 300 000 millones de dólares (...) Pedimos para 10 años de desarrollo menos de lo que hoy se gasta en un año en los ministerios de Guerra y mucho menos de la décima parte de lo que se gastará en 10 años con fines militares.”²²

Sobre esta significativa tesis, si bien ya desde una fecha tan temprana como junio de 1960 se señalaría: “Todos los pueblos subdesarrollados esperan que de una verdadera solución pacífica de los problemas del mundo, surjan los recursos que una gran parte de la humanidad necesita para su desarrollo...”,²³ una propuesta tácticamente estructurada y factible políticamente solo comenzaría a desarrollarse por el comandante Fidel Castro a partir de finales de los años 70.

Para alcanzar este objetivo, se partiría de elaborar un mensaje que resultara convincente para la población de los propios países desarrollados y en esa dirección se explicaría: “Porque ellos tienen dos problemas y dos grandes temores. El hombre del Tercer Mundo no tiene casi tiempo de acordarse de la guerra, porque se está muriendo virtualmente todos los días; los del mundo rico (...) tienen sin embargo, dos grandes preocupaciones: la guerra y el desempleo (...) Podemos asociar nuestras preocupaciones con las preocupaciones por la paz y el desempleo que existen en el mundo industrializado. Debemos ser capaces de transmitir ese mensaje.”²⁴

A lo largo de los años 80 se incrementaría por parte de Fidel Castro la elaboración de tesis que permitieran no solo denunciar los problemas generados por el capitalismo en el mundo subdesarrollado, sino también ofrecer alternativas para enfrentarlos generando un consenso de aceptación en todas partes, incluyendo el engarce del financiamiento para el desarrollo con la paz en el mundo, mediante la reducción del gasto militar y el peligro de la guerra.

Sin duda el análisis más detallado y completo de los problemas presentes en los años en que Cuba ocupó la presidencia del MPNA, se encuentra en el libro “La crisis económica y social del mundo”²⁵ que se presentó como el informe de Fidel Castro a la VII Cumbre de los Países No Alineados celebrada en Nueva Delhi en marzo de 1983.

Entre los múltiples aspectos destacables presentes en las páginas de este libro, se incluye un profundo análisis de la llamada crisis energética; el enorme costo –que solo comenzaba a percibirse– del endeudamiento externo y los contradictorios fenómenos que empezaban a aparecer en la esfera monetario-financiera; se inicia –tempranamente– el análisis de los problemas de deterioro del medio ambiente y sus efectos en la agricultura; se señalan los impactos de la irrupción de las empresas transnacionales en el Tercer Mundo; se reiteran los problemas que llevan al intercambio desigual y se retoman los temas relativos al armamentismo y su negativo impacto para el desarrollo.

También se retomaría el tema de la industrialización y su papel esencial para el desarrollo al destacar: “...no cabe duda de que la industrialización del Tercer Mundo equivale, en términos estratégicos, a sentar la principal base material y tecnológica para acceder al desarrollo.”²⁶

La crisis de la deuda externa que se desata a partir de 1981 alcanza un punto de mayor intensidad en 1985, lo que propicia que se desate una campaña continental contra el pago de la deuda encabezada por Fidel Castro. Nuevamente la tesis central es compensar el impago a los acreedores con una reducción de los gastos militares y en torno a estas ideas se celebran durante el segundo semestre de 1985 importantes reuniones en La Habana con participantes de los movimientos sociales de América Latina. Sobre esta solución se plantearía: “Entonces, ¿hay recursos? Sí, hay recursos, ¿a qué se dedican? A preparar la muerte de la gente, a la guerra, a la carrera armamentista, a los gastos militares. (...) nosotros no hablamos de la deuda de América

Latina, hablamos de la deuda del Tercer Mundo. Como máximo, y en dependencia de los intereses, un 12% de los gastos militares serían suficientes.”²⁷

Durante los años 80 y también partiendo de la experiencia práctica de la Revolución cubana, comenzaría a materializarse el papel de ciencia y la técnica como elemento clave en una política de desarrollo. Ya en un memorable discurso del 15 de enero de 1960, el Comandante en Jefe anticiparía: “El futuro de nuestra patria tiene que ser necesariamente un futuro de hombres de ciencia, tiene que ser un futuro de hombres de pensamiento...”²⁸

Esa idea estratégica revelaría la importancia del factor humano para el desarrollo de un país a través de la educación y apuntaría desde muy temprano a destacar lo que hoy se considera un factor clave para el desarrollo en todo el mundo, pero especialmente para aquellos que –desde el subdesarrollo- aspiran a avanzar rápidamente hacia una sociedad moderna, así como el socialismo como sistema para avanzar hacia la economía del conocimiento.

En tal sentido, el desarrollo alcanzado en Cuba por la biotecnología y las tecnologías de la información ofrecerían un testimonio incontestable del valor de estas ideas.²⁹

Resumiendo, las ideas de Fidel Castro en el ámbito de las relaciones económicas internacionales entre 1959 y 1991 tendrían como elementos a destacar, en tanto que aportes conceptuales de importancia, lo siguiente.

- El socialismo es condición para el desarrollo en lo interno y como sistema internacional.
- El subdesarrollo es una consecuencia del desarrollo del capitalismo.
- Si bien el desarrollo agropecuario y la industrialización son factores ineludibles en la estrategia de desarrollo del Tercer Mundo, la educación y la ciencia resultan factores determinantes para alcanzar el desarrollo en la actualidad.
- La integración económica es un elemento indispensable para desarrollarse. En el caso de Cuba, esa integración resultaría dual: por un lado con los países socialistas europeos y por otro lado con América Latina.
- El pago del servicio de la deuda externa se ha convertido en el obstáculo más crítico para la salida del subdesarrollo.

II

Al comenzar la crisis del Período especial se pondría a prueba la fortaleza del socialismo en Cuba, no ya para continuar el proceso de desarrollo, sino para preservar lo logrado y no sucumbir al enorme impacto de la crisis, proceso en el cual las ideas de Fidel mostrarían nuevamente su valor. Se pasó así del desarrollo a la resistencia, adoptándose una estrategia centrada en resistir el impacto de la crisis al menor costo social posible, al tiempo que se reinsertaba la economía cubana en las nuevas condiciones de la economía mundial.

Como elementos de esa estrategia en el contexto de las relaciones económicas internacionales, Cuba adoptaría un conjunto de medidas de emergencia para enfrentar la crisis que supuso la desaparición abrupta y sin compensaciones del socialismo en Europa. Entre esas medidas destacan: la reorientación del comercio exterior, primero hacia Europa y Asia y después hacia América Latina; la apertura a la inversión extranjera directa (IED); la renegociación de la deuda externa; y la introducción de una serie de elementos como concesiones reversibles en el contexto de una economía socialista.

Un elemento clarificador en este último aspecto se expuso por Fidel Castro en el discurso pronunciado el 6 de agosto de 1995 al señalar: “Hemos dicho que estamos introduciendo elementos de capitalismo en nuestro sistema, en nuestra economía, eso es real; hemos hablado, incluso, de consecuencias que observamos del empleo de esos mecanismos. Sí, lo estamos haciendo. (...) ¿Quién tiene el poder? Esa es la clave, porque si lo tiene el pueblo, si lo tienen los trabajadores, no los ricos, no los millonarios, entonces se puede hacer una política en favor del

pueblo, respetando los compromisos que se hayan acordado con determinadas empresas extranjeras...³⁰

Un elemento que se introduce con fuerza en estos años es la protección del medio ambiente y la necesidad de conjugar la misma con el proceso de desarrollo, tema especialmente abordado en el discurso pronunciado por el Comandante en Jefe en la Cumbre de la Tierra celebrada en junio de 1992.

En un discurso muy sintético y profundo se afirmarí­a: “Si se quiere salvar a la humanidad de esa autodestrucción, hay que distribuir mejor las riquezas y tecnologías disponibles en el planeta. Menos lujo y menos despilfarro en unos pocos paí­ses para que haya menos pobreza y menos hambre en gran parte de la Tierra. No más transferencias al Tercer Mundo de estilos de vida y hábitos de consumo que arruinan el medio ambiente. Hágase más racional la vida humana. Aplíquese un orden económico internacional justo. Utilícese toda la ciencia necesaria para un desarrollo sostenido sin contaminación. Páguese la deuda ecológica y no la deuda externa. Desaparezca el hambre y no el hombre.”³¹

Una nueva etapa que señala una mayor profundización en el análisis de los fenómenos de la economía mundial, se inaugurarí­a con la celebraci3n de los eventos Globalizaci3n y Desarrollo, celebrados anualmente en La Habana de 1998 a 2009 y que fueran presididos por Fidel Castro. En estos eventos, donde participarían cientos de personalidades de todo el mundo –incluyendo representantes del Banco Mundial y el FMI- se debatieron ampliamente las características de la evoluci3n de la economía mundial en estos años, ocasi3n propicia para retomar el estudio de diferentes temas por parte del Comandante en Jefe.

Una ponencia especial –a modo de discurso de clausura del evento correspondiente a enero de 1999- muestra una síntesis de las concepciones de Fidel Castro sobre los principales problemas de la economía mundial en esos momentos, lo que ofrece una valoraci3n sintética de sus criterios sobre el tema a la luz de la experiencia de muchos años.³²

Otros discursos de importancia en los eventos Globalizaci3n y Desarrollo se pronunciarían en el año 2002,³³ y 2003.³⁴ En estos discursos destaca el análisis de la coyuntura mundial y el debate en torno a conceptos de desarrollo que se exponen entre los participantes.

Finalmente un elemento de singular importancia es el relanzamiento de la necesidad de la integraci3n económica entre los paí­ses de América Latina, que se materializa con los acuerdos de la Alianza Bolivariana para las Américas (ALBA) que se firma el 14 de diciembre de 2004.³⁵

En general, una recapitulaci3n de las ideas de Fidel Castro sobre las relaciones económicas internacionales puede encontrarse en el libro “Cien horas con Fidel. Conversaciones con Ignacio Ramonet”³⁶ publicado en 2006, especialmente los capítulos 19 y 24.

Llegado este punto y tratando de resumir, en estos momentos puede concluirse que siempre serán visibles elementos esenciales en el pensamiento de Fidel Castro sobre las relaciones económicas internacionales: el vínculo indestructible entre la política y la economía al analizar las soluciones a los problemas de los paí­ses del Tercer Mundo y la necesaria diferenciaci3n entre lo táctico y lo estratégico en la batalla por el desarrollo.

Pero sobre todo destaca el enorme compromiso ético y moral de las posiciones sustentadas por Fidel Castro, su lealtad a los principios y su amor al hombre como actor fundamental y beneficiario mayor de todo proceso de desarrollo.

Otros análisis deberán profundizar en la enorme riqueza de las tesis de Fidel sobre el proceso de desarrollo y a su divulgaci3n y conocimiento debemos dedicar nuestro mayor esfuerzo como el mejor homenaje a su memoria.

Diciembre 2 de 2016.

Nota

¹Ver Fidel Castro “La Historia me Absolverá” Ediciones Políticas, La Habana, 1973, p. 43

²Ver Fidel Castro “Discurso pronunciado el 26 de julio de 1973” en <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/>

³Ver, Fidel Castro “Desarrollo, subdesarrollo y Tercer Mundo” Editora Política, La Habana, 1991 p. 78. Discurso en la inauguración del II Congreso de la Asociación de Economistas del Tercer Mundo, Ciudad de La Habana, 26 de abril de 1981.

⁴“...porque estamos pensando que se invierta, por lo menos, 2 000 millones de pesos en industrias. Debemos declarar que esta época, la época revolucionaria, marca una era buena para las inversiones industriales...” Ver Fidel Castro “Discurso en el acto de toma de posesión como Primer Ministro el 16 de febrero de 1959” en <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1959/esp/c160259e.html>

⁵Ver Fidel Castro “Discurso ante el Consejo Económico de los 21, Buenos Aires, 2 de mayo de 1959” en <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1959/esp/f020559e.html>

⁶Michael Kalecki (1899-1970) fue un destacado economista polaco que realizó importantes análisis en la teoría de los ciclos económicos considerándose como antecesor de las ideas de John M. Keynes. Aplicó sus tesis a la economía socialista y ocupó importantes cargos en el gobierno socialista de Polonia.

⁷Juan F. Noyola (1922-1962) fue un destacado economista mexicano que trabajó en CEPAL de 1950 a 1959. Cuando triunfó la Revolución cubana, se trasladó a nuestro país como jefe de la misión de la CEPAL (1959-1960). Terminada esta misión de asistencia técnica, decidió quedarse en Cuba; aquí participó en la creación de la Junta Central de Planificación (JUCEPLAN) en la que se desempeñó hasta su muerte -ocurrida en 1962- como director de Planeación, Inversiones y Balances.

⁸Para la elaboración de este plan se utilizaría el estudio realizado por Kalecki a finales de 1960 bajo el título de “Hypothetical Outline of the Five Year Plan 1961-1965 for the Cuban Economy” La Habana, 1960.

⁹Ver Fidel Castro “Informe en la Reunión sobre los Planes para el Desarrollo Económico de la Nación para 1962 el 20 de octubre de 1961” en <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1961/esp/f201061e.html>

¹⁰Ver Fidel Castro “Discurso pronunciado el 2 de enero de 1965” en <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1965/esp/f020165e.html> y la entrevista concedida a la revista Sucesos de México, el 10 de septiembre de 1966.

¹¹Ver Fidel Castro “Primer Congreso del Partido Comunista de Cuba. Informe Central” Editorial Pueblo y Educación, La Habana, 1978, p. 104.

¹²Ver Fidel Castro “Discurso del 17 de noviembre del 2005 en el Aula Magna de la Universidad de La Habana” en <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/2005/esp/f171105e.html>

¹³Un resumen de estos debates se encuentra en el libro Ernesto Che Guevara “El Gran Debate sobre la economía en Cuba 1963-1964”, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana 2004.

¹⁴Chales Bettelheim (1913-2006) Economista y filosofo marxista francés. Desarrollo profundos análisis de los procesos de transición al socialismo. Trabajo en Cuba como asesor a inicios de los años 60 y mantuvo una interesante polémica con el Che.

¹⁵Ernest Mandel (1923-1995) Economista marxista belga. Se considera uno de los líderes del trotskismo después de la muerte de Trotsky. Su Tratado de Economía Marxista se publicó en Cuba en 1968.

¹⁶Paul Sweezy (1910-2004) Economista marxista norteamericano fundador de la revista Monthly Review. Autor de los importantes libros Teoría del Desarrollo Capitalista y El Capital Monopolista.

¹⁷Al respecto Fidel Castro señalaría “Pero hay muchas ideas del Che que son de una vigencia absoluta y total, ideas sin las cuales estoy absolutamente convencido de que no se puede construir el comunismo...” Fidel Castro “Acto Central por el Vigésimo Aniversario de la Muerte de Ernesto Che Guevara” en Ernesto Che Guevara El Gran Debate sobre la economía en Cuba 1963-1964, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana 2004 p. 359.

¹⁸Ver Fidel Castro “Discurso pronunciado el 20 de diciembre de 1969” en <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1969/esp/f201269e.html>

¹⁹Ver Fidel Castro “Discurso pronunciado el 1º de mayo de 1971” en <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1971/esp/f010571e.html>

²⁰Ver Fidel Castro “Discurso del 2 de diciembre de 1976” en <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1976/esp/f021276e.html>

²¹Ver Fidel Castro “Discurso pronunciado el 18 de enero de 1977” en www.cuba.cu/gobierno/discursos/1977/esp/f180177e.html

²²Ver Fidel Castro “Discurso pronunciado el 12 de octubre de 1979” en Fidel Castro “Desarrollo, subdesarrollo y Tercer Mundo” Editora Política, La Habana, 1991, p. 141-142.

²³Ver Fidel Castro “Comparecencia por el canal 2 de la televisión el 24 de junio de 1960” en Fidel Castro, *ibid.* p. 135.

²⁴Ver Fidel Castro “Discurso pronunciado el 3 de agosto de 1985” en Fidel Castro, *ibid.* p. 146 y 147.

²⁵Ver Fidel Castro “La crisis económica y social del mundo. Sus repercusiones en los países subdesarrollados, sus perspectivas sombrías y la necesidad de luchar si queremos sobrevivir” Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, La Habana, 1983. Este libro se editó también en inglés, francés, ruso, alemán y árabe, entre los idiomas fundamentales y se distribuyó en todo el mundo.

²⁶*Ibid.* p. 127.

²⁷Ver Fidel Castro “Discurso pronunciado el 3 de agosto de 1985” en Fidel Castro (1991) p. 142.

²⁸Ver Fidel Castro “Discurso pronunciado el 15 de enero de 1960” en <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1960/esp/f150160e.html>

²⁹Ver de Agustín Lage “La Economía del Conocimiento y el Socialismo. Preguntas y respuestas” Editorial Academia, La Habana, 2015 y Colectivo de Autores “Cuba. Crecer desde el conocimiento” Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2006.

³⁰Ver Fidel Castro “Discurso pronunciado el 6 de agosto de 1995” en <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1995/esp/f060895e.html>

³¹Ver Fidel Castro “Discurso pronunciado el 12 de junio de 1992” en <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1992/esp/f120692e.html>

³²Ver Fidel Castro “Discurso pronunciado el 22 de enero de 1999” en <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/1999/esp/f220199e.html>

³³Ver Fidel Castro “Discurso pronunciado el 15 de febrero de 2002” en <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/2002/esp/f150202e.html>

³⁴Ver Fidel Castro “Discurso pronunciado el 14 de febrero de 2003” en <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/2003/esp/f140203e.html>

³⁵Ver el texto del acuerdo entre Cuba y Venezuela en <http://www.cuba.cu/gobierno/discursos/2004/esp/a141204e.html>

³⁶Ver de Fidel Castro “Cien horas con Fidel. Conversaciones con Ignacio Ramonet” Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, Segunda Edición, 2006.

[Ir arriba](#)



Fidel Castro y la represión contra los intelectuales

Ignacio Ramonet

La muerte de Fidel Castro ha dado lugar -en algunos grandes medios occidentales- a la difusión de cantidad de infamias contra el Comandante cubano. Eso me ha dolido. Sabido es que lo conocí bien. Y he decidido por tanto aportar mi testimonio personal. Un intelectual coherente debe denunciar las injusticias. Empezando por las de su propio país.

Cuando la uniformidad mediática aplasta toda diversidad, censura cualquier expresión divergente y sanciona a los autores disidentes es natural, efectivamente, que hablemos de ‘represión’. ¿Cómo calificar de otro modo un sistema que amordaza la libertad de expresión y reprime las voces diferentes ? Un sistema que no acepta la contradicción por muy argumentada que sea. Un sistema que establece una ‘verdad oficial’ y no tolera la transgresión. Semejante sistema tiene un nombre, se llama : ‘tiranía’ o ‘dictadura’. No hay discusión.

Como muchos otros, yo viví en carne propia los azotes de ese sistema... en España y en Francia. Es lo que quiero contar.

La represión contra mi persona empezó en 2006, cuando publiqué en España mi libro « *Fidel Castro. Biografía a dos voces* » -o « *Cien horas con Fidel* »- (Edit. Debate, Barcelona), fruto de cinco años de documentación y de trabajo, y de centenares de horas de conversaciones con el líder de la revolución cubana. Inmediatamente fui atacado. Y comenzó la represión. Por ejemplo, el diario « *El País* » (Madrid), en el que hasta entonces yo escribía regularmente en sus páginas de opinión, me sancionó. Cesó de publicarme. Sin ofrecerme explicación alguna. Y no sólo eso, sino que -en la mejor tradición estalinista- mi nombre desapareció de sus páginas. Borrado. No se volvió a reseñar un libro mío, ni se hizo nunca más mención alguna de actividad intelectual mía.

Nada. Suprimido. Censurado. Un historiador del futuro que buscara mi nombre en las columnas del diario « *El País* » deduciría que fallecí hace una década...

Lo mismo en « *La Voz de Galicia* », diario en el que yo escribía también, desde hacía años, una columna semanal titulada « Res Publica ». A raíz de la edición de mi libro sobre Fidel Castro, y sin tampoco la mínima excusa, me reprimieron. Dejaron de publicar mis crónicas. De la noche a la mañana : censura total. Al igual que en « *El País* », ninguneo absoluto. Tratamiento deapestado. Jamás, a partir de entonces, la mínima alusión a cualquier actividad mía.

Como en toda dictadura ideológica, la mejor manera de ejecutar a un intelectual consiste en hacerle 'desaparecer' del espacio mediático para 'matarlo' simbólicamente. Hitler lo hizo. Stalin lo hizo. Franco lo hizo. Los diarios « *El País* » y « *La Voz de Galicia* » lo hicieron conmigo.

En Francia me ocurrió otro tanto. En cuanto las editoriales Fayard y Galilée editaron mi libro « *Fidel Castro. Biographie à deux voix* » en 2007, la represión se abatió de inmediato contra mí.

En la radio pública « *France Culture* », yo animaba un programa semanal, los sábados por la mañana, consagrado a la política internacional. Al publicarse mi libro sobre Fidel Castro y al comenzar los medios dominantes a atacarme violentamente, la directora de la emisora me convocó en su despacho y, sin demasiados rodeos, me dijo : « *Es imposible que usted, amigo de un tirano, siga expresándose en nuestras ondas.* » Traté de argumentar. No hubo manera. Las puertas de los estudios se cerraron por siempre para mí. Ahí también se me amordazó. Se silenció una voz que desentonaba en el coro del unanimismo anticubano.

En la Universidad Paris-VII, yo llevaba 35 años enseñando la teoría de la comunicación audiovisual. Cuando empezó a difundirse mi libro y la campaña mediática contra mí, un colega me advirtió : « *¡Ojo ! Algunos responsables andan diciendo que no se puede tolerar que 'el amigo de un dictador' dé clases en nuestra facultad...* » Pronto empezaron a circular por los pasillos octavillas anónimas contra Fidel Castro y reclamando mi expulsión de la universidad. Al poco tiempo, se me informó oficialmente que mi contrato no sería renovado... En nombre de la libertad de expresión se me negó el derecho de expresión.

Yo dirigía en aquel momento, en París, el mensual « *Le Monde diplomatique* », perteneciente al mismo grupo editorial del conocido diario « *Le Monde* ». Y, por razones históricas, yo pertenecía a la 'Sociedad de Redactores' de ese diario aunque ya no escribía en sus columnas. Esta Sociedad era entonces muy importante en el organigrama de la empresa por su condición de accionista principal, porque en su seno se elegía al director del diario y porque velaba por el respeto de la deontología profesional.

En virtud de esta responsabilidad precisamente, unos días después de la difusión de mi biografía de Fidel Castro en librerías, y después de que varios medios importantes (entre ellos el diario « *Libération* ») empezaran a atacarme, el presidente de la Sociedad de Redactores me llamó para transmitirme la « *extrema emoción* » que, según él, reinaba en el seno de la Sociedad de Redactores por la publicación del libro. « *¿Lo has leído ?* », le pregunté. « *No, pero no importa – me contestó- es una cuestión de ética, de deontología. Un periodista del grupo 'Le Monde' no puede entrevistar a un dictador.* » Le cité de memoria una lista de una docena de auténticos autócratas de Africa y de otros continentes a los que el diario había concedido complacientemente la palabra durante décadas. « *No es lo mismo -me dijo- Precisamente te llamo por eso : los miembros de la Sociedad de Redactores quieren que vengas y nos des una explicación.* » « *¿Me queréis hacer un juicio ? Un 'proceso de Moscú' ? Una « purga » por desviacionismo ideológico ? Pues vais a tener que asumir vuestra función de inquisidores y de policías políticos, y llevarme a la fuerza ante vuestro tribunal.* » No se atrevieron.

No me puedo quejar ; no fui encarcelado, ni torturado, ni fusilado como le ocurrió a tantos periodistas e intelectuales bajo el nazismo, el estalinismo o el franquismo. Pero fuí represaliado

simbólicamente. Igual que en « *El País* » o en « *La Voz* », me « desaparecieron » de las columnas del diario « *Le Monde* ». O sólo me citaban para lincharme.

Mi caso no es único. Conozco -en Francia, en España, en otros países europeos-, a muchos intelectuales y periodistas condenados al silencio, a la 'invisibilidad' y a la marginalidad por no pensar como el coro feroz de los medios dominantes, por rechazar el 'dogmatismo anticastrista obligatorio'. Durante decenios, el propio Noam Chomsky, en Estados Unidos, país de la « caza de brujas », fue condenado al ostracismo por los grandes medios que le prohibieron el acceso a las columnas de los diarios más influyentes y a las antenas de las principales emisoras de radio y televisión.

Esto no ocurrió hace cincuenta años en una lejana dictadura polvorienta. Está pasando ahora, en nuestras 'democracias mediáticas'. Yo lo sigo padeciendo en este momento. Por haber hecho simplemente mi trabajo de periodista, y haberle dado la palabra a Fidel Castro. ¿ No se le da acaso, en un juicio, la palabra al acusado ? ¿ Por qué no se acepta la versión del dirigente cubano a quien los grandes medios dominantes juzgan y acusan en permanencia?

¿ Acaso la tolerancia no es la base misma de la democracia? Voltaire definía la tolerancia de la manera siguiente: « *No estoy en absoluto de acuerdo con lo que usted afirma, pero lucharía hasta la muerte para que tenga usted el derecho de expresarse.* » La dictadura mediática, en la era de la post-verdad, ignora este elemental principio.

[Ir arriba](#)

Fidel y la insurrección de la utopía

Guillermo Jiménez Melgarejo



Cuando Jean Paul Sartre visitó Cuba en 1960 escribió un pequeño y poco conocido libro titulado *Huracán sobre el azúcar*. En esa valiosa obra, el intelectual francés caracterizó la Revolución cubana como una revolución a contragolpe. Como los animales salvajes cuando se encuentran atrapados, la Revolución afilaba sus garras y enseñaba sus mejores colmillos de bestia acorralada ante cada zarpazo del adversario. Y no sólo eso. Con aquella metáfora, Sartre comprendió que la Revolución sólo pudo descubrir sus derroteros más luminosos bajo el fragor del fuego enemigo y que quizá sin éste último

Fidel no sería Fidel. Pero Fidel es Fidel, y hoy sabemos que su terquedad es también la terquedad de sus sempiternos enemigos. Por eso el avance de la humanidad sólo puede construirse sobre el conflicto. La Revolución cubana nos enseña que la principal virtud en política es saber articular, sostener y reproducir la lucha y el antagonismo. En tiempos de consenso y de política electoral hegemónica, la Revolución cubana es expresión de la cima más elevada que puede alcanzar un conflicto social.

El gran huracán revolucionario cubano siempre estuvo habitado por otro de naturaleza diferente, pero igualmente ciclónico: el huracán Fidel. Bajo la ráfaga del huracán Fidel, la Revolución cubana atravesó por sus mejores pasajes, también por los más trágicos. Las voces se agolpan para elaborar rigurosos análisis que permitan vislumbrar una Cuba sin Fidel, un Fidel ausente en su isla. Sin embargo, desde hace años, el gobierno de Fidel era exclusivamente el de los asuntos

simbólicos. Es en ese terreno donde pueden adivinarse algunas de las implicaciones de su fallecimiento.

Con Fidel desaparece una singular forma de ejercer y comprender la acción política. La irrupción violenta de las masas en el Estado es quizá la característica común de todas las revoluciones y la política como conexión afectiva y casi libidinal con esas masas encontró su mejor hacedor en Fidel. Las teorías que ubican al pueblo de Cuba como sujeto pasivo al servicio de la manipulación del caudillo no han comprendido nada, o casi nada. Fidel es Fidel también porque supo, mejor que nadie, transfigurarse en un instrumento al servicio de unas masas en plena ebullición revolucionaria. Su figura verde olivo y su voz quebrada son la representación corpórea de la catarsis colectiva de una sociedad en estado de rebeldía, desbordada de energía y pasión. Fue ese caudal imaginario el que permitió a la Revolución resistir y superar sus días más grises. La política de masas de la Revolución cubana marca el auge y el ocaso de los sujetos populares como actores centrales de las sociedades modernas. La palabra de Fidel conjugaba la gramática del asalto de las multitudes cubanas a los cielos del Caribe.

El fallecimiento de Fidel nos recuerda el ocaso de la vía armada como estrategia de acceso al gobierno de los movimientos sociales. La Revolución cubana nos demostró que, en determinadas condiciones que ya no serán, una guerrilla urbana y rural puede derrotar a un ejército profesional bien armado. El ejército rebelde cubano se construyó a partir del cemento duro de la moral y de las armas, demostrando que no hay bayonetas ni fuerza extranjera que apuntale un gobierno impopular y tiránico. La marcha de Fidel nos traslada a una época en la que los gobiernos populares enfrentaban la disyuntiva entre armar o desarmar al pueblo. Aquellas milicias cubanas evitan que, incluso en el siglo XXI, caigamos en la cándida tentación de olvidar que el poder, también, brota de la boca de los fusiles.

En un planeta pacificado bajo la disciplina mercantil, donde los mercados internacionales deponen presidentes y sojuzgan naciones, Fidel mostró que un pequeño país revolucionario del sur puede impactar y moldear el destino del mundo. La Revolución cubana se proyectó en América Latina; fue la única fuerza capaz de erigirse en contrapoder de la larga noche de terror y muerte por la que atravesó el continente durante décadas. Las grandes alamedas de la historia universal se abrirán para Fidel por haber logrado, junto a su pueblo, detener el avance bestial del imperio más poderoso que haya existido sobre el planeta. El movimiento social más importante del siglo XX, el movimiento de liberación nacional y anticolonial, no se comprende sin la descollante contribución de Cuba. La sangre de los revolucionarios cubanos abonó el sendero de libertad de varios países africanos y fue decisiva para sentenciar al régimen de oprobio del apartheid, cuyo final es un tributo a la humanidad. En el planeta de la dictadura de las finanzas, los cubanos son los únicos médicos que conocen miles de pobres, olvidados e invisibles. La partida de Fidel nos recuerda que, como decía Benedetti, el sur también existe.

Fidel y la Revolución cubana son expresión privilegiada de qué significa demoler el sistema capitalista en un país dependiente y subdesarrollado. Los revolucionarios cubanos entendieron mejor que nadie que las viejas estructuras opresivas del orden del capital sólo requieren el rastro de una molécula para reproducirse en la sociedad y restaurar su reinado. Que la resiliencia de los dueños del mundo para replegarse e integrar las fuerzas vivas de los movimientos sociales es ilimitada. Fidel y su revolución nos enseñan que, si no se cortocircuita de raíz el proceso de acumulación y reproducción del capital, hasta los revolucionarios más radicales terminarán trabajando como mayordomos de los poderosos. Hoy contamos con la certidumbre de que el capitalismo y el imperialismo, aún en el apogeo de su poder, son tigres de papel.

La desaparición de Fidel es el termidor simbólico de la política revolucionaria en nuestra época. Sin nostalgias hay que reconocer que en nuestro tiempo no veremos bajar de las montañas a un grupo de jóvenes idealistas dispuestos fundar el edén de los justos. El fallecimiento del barbudo es la cancelación imaginaria, acaso ya ocurrida materialmente décadas antes, de la insurrección de la utopía hecha política. Ya no veremos, en un solo episodio de fiesta revolucionaria, derrumbarse el viejo mundo bajo el empuje del nuevo. El fallecimiento de Fidel nos recuerda que en nuestra época

no veremos, como en 1959, hervir la alegría y la pasión desbordada de un pueblo bajo el calor y la belleza de una revolución social. La muerte de Fidel viene, con aires de pasado, a formularnos una pregunta de futuro: ¿qué significa ser revolucionario hoy? Desde los portones de la historia, con mirada mordaz, la partida de Fidel nos interroga sobre nuestro lugar en el mundo como revolucionarios.

Fidel y la Revolución nos enseñaron que la política transformadora a veces no se parece ni al arte, ni a los ángeles, ni a la moral. Hoy sabemos que incluso las revoluciones más hermosas están cuajadas de carne y hueso, de obstáculos y contradicciones. Que la revolución es un ensayo y que las convulsiones sociales implican desgarros, crisis, sacrificios, sombras y oscuridades. Que las revoluciones no son una fiesta. Que el jacobinismo obstinado de los revolucionarios implica renunciar a desear la política como labor pura, inmaculada y transparente. Fidel nos muestra que la política transformadora implica mancharse el nombre, fabricarse enemigos, equivocarse el sendero, cometer injusticias. Que transformar la sociedad es una osadía riesgosa y una aventura polémica. La figura de Fidel condensa en un segundo toda la belleza y toda la tragedia de cualquier revolución.

En el mundo gris de los tecnócratas, Fidel y la Revolución cubana nos enseñaron que en política a veces es más importante imaginar que gestionar. Cuba nos señala que la política puede parecerse a un experimento. Que para soñar con un mundo mejor y más justo es necesario imaginarlo, ensayarlo, experimentarlo, sembrarlo. Fidel nos demuestra que es imperativo inyectar de utopía nuestras prácticas políticas para dotarlas de sentido y horizonte. La Revolución cubana nos invitó a soñar, aunque sólo fuera durante un segundo de locura tropical, con abolir el dinero justo aquí y ahora. O más bien allí y entonces, justo bajo el precario cielo torrencial de un país subdesarrollado, bloqueado y hostigado. Fidel nos invitó a diseminar con raíces cubanas la revolución en el mundo. Hoy sabemos que incluso la naturaleza humana es un edificio social y cultural y que vale la pena no cejar en el empeño de construir el hombre nuevo. Fidel y la Revolución cubana nos mostraron cómo los anhelos de libertad y soberanía de un pequeño pueblo pueden sofocar el poder de Goliath. La Revolución cubana nos enseñó a no negociar con nuestros más hermosos, audaces y absurdos sueños de libertad y emancipación.

La Revolución cubana empujó y tensionó los límites del mundo y el cerco de lo posible, desdibujando las fronteras de lo imposible.

(Tomado de Juego de Manos Mazine)

[Ir arriba](#)



Las herejías de Fidel Castro y la Revolución Cubana

Elier Ramírez Cañedo

Sin duda, la Revolución Cubana que triunfa en 1959 encabezada por el líder Fidel Castro, fue un parteaguas en la historia de Cuba y también de América Latina, de ahí en adelante sería una herejía no solo frente al imperialismo estadounidense, sino ante las propias prácticas socialistas del siglo XX y, en algunos terrenos, hasta para la propia Unión Soviética.

Fidel se rebeló contra todos los pesimismo, derrotismo, prejuicios y dogmas de la época. Hizo la Revolución alejándose de lo que planteaban los manuales marxistas con relación a que el cambio

revolucionario solo era posible cuando se produjera una ruptura en la correspondencia entre las fuerzas productivas y las relaciones sociales de producción, es decir, cuando las condiciones objetivas estuvieran creadas. ¿Siguiendo esa lógica, cuánto hubieran tenido que sufrir aun los cubanos y las cubanas, en espera de una Revolución?

Fidel fue el más marxista entre todos los marxistas de su tiempo, al asumir el marxismo como un método, no como una doctrina, y lograr, mejor que nadie, interpretar correctamente las condiciones de Cuba y las vías adecuadas para hacer una Revolución verdadera. No es que obviara las condiciones objetivas, todo lo contrario, pero entendió que el factor subjetivo es el polo fundamental para producir el cambio revolucionario y crear nuevas realidades, pues éstas no cambian por sí solas, sino a través de la praxis revolucionaria, consciente y organizada.

A pesar de determinadas “verdades establecidas” como aquella que planteaba que se podía hacer una revolución con el ejército o sin el ejército, pero nunca contra el Ejército, Fidel dirigió una Revolución contra un ejército poderoso y moderno que contaba con el apoyo de los Estados Unidos.¹

Asimismo, ciertos teóricos del marxismo planteaban que solo el partido comunista podía hacer la revolución social, pero en el caso de Cuba fue a la inversa: la revolución social hizo al partido.

Otros señalaban que un hombre de extracción acomodada como Fidel no podía ponerse al frente y defender una revolución verdaderamente radical. Fidel barrió con todos esos prejuicios y esquemas de pensamiento. Demostró una vez más en la historia, que el hombre no es la clase, e incluso, puede llegar a enfrentar su propia clase al cuestionarse la realidad que lo circunda y asumir una conducta en correspondencia con ideales revolucionarios.

Pocos creían que a 90 millas de los Estados Unidos, en su tradicional “esfera de influencia”, y en un país en el que el anticomunismo había sido inculcado hasta el cansancio, en especial a partir del comienzo de la Guerra Fría, fuera posible el socialismo. Sin embargo, la Revolución Cubana, bajo la guía de Fidel, barrió también con todas las teorías geopolíticas del momento y solo tardó 2 años y unos meses en declararse el carácter socialista.

Fue significativa también la herejía de la Revolución Cubana en el campo cultural. Desde las históricas ***Palabras a los intelectuales*** de Fidel, el 30 de junio de 1961, quedó claro que el realismo socialista no dominaría el ambiente y las condiciones creativas en la cultura cubana. Fidel dedica una buena parte de sus *Palabras...* a despejar cualquier duda en ese sentido: “*Permítanme decirles, en primer lugar, que la Revolución defiende la libertad; que la Revolución ha traído al país una suma muy grande de libertades; que la Revolución no puede ser por esencia enemiga de las libertades; que si la preocupación de algunos es que la Revolución va asfixiar su espíritu creador, que esa preocupación es innecesaria, que esa preocupación no tiene razón de ser*”. Más avanzada la intervención expresa: “*La Revolución no puede pretender asfixiar el arte o la cultura cuando una*

de las metas y uno de los propósitos fundamentales de la Revolución es desarrollar el arte y la cultura, precisamente para que el arte y la cultura lleguen a ser un patrimonio real del pueblo”.

Hubo quien pensó que el proceso revolucionario cubano tendría una corta vida, pues era imposible resistir por mucho tiempo el embate de la agresividad de los distintos gobiernos de los Estados Unidos. Sin embargo, ya es una realidad histórica que la Revolución Cubana ha sobrevivido a 11 administraciones estadounidenses y sus más disímiles e impensadas variantes de política, dirigidas todas sin excepción a destruir el proceso revolucionario.

También pocos imaginaban que una isla tan pequeña en extensión, tuviera una política exterior tan influyente en el mundo –casi como la de una superpotencia- y al mismo tiempo totalmente independiente de los grandes poderes de la Guerra Fría. Y así fue durante décadas bajo la sabia conducción del Comandante en Jefe. En determinados momentos, incluso, como ha demostrado en sus brillantes libros el investigador Piero Gleijeses, Cuba no solo desafió a los Estados Unidos, sino también a la propia URSS, así fue durante toda la década del 60 con el apoyo que dio Cuba a los movimientos de liberación en América Latina y cuando decidió sin consultar a Moscú enviar tropas militares a Angola en 1975 para repeler la invasión de Sudáfrica y Zaire, que contaban con el apoyo del gobierno de los Estados Unidos. Cuba no fue jamás satélite de nadie.²

Al producirse la caída del campo socialista los agoreros del sistema imperial pensaban que Cuba no resistiría, que sus minutos estaban contados, y la Revolución no solo resistió, sino que en estos últimos más de 20 años ha logrado avances insospechados en el orden económico, social, científico y cultural. Eso ha sido una herejía no solo del liderazgo de la Revolución, sino de todo el pueblo cubano.

Pero habrá algo que parecía más imposible y también fue posible como los anuncios del 17 de diciembre del 2014 y con ello el regreso de Ramón, Antonio y Gerardo. Se demostró una vez más en la historia de Cuba, como tanto ha advertido Fidel, que “no existe fuerza en el mundo capaz de aplastar la fuerza de la verdad y las ideas”. La herejía de resistir y luchar durante más de 50 años sin hacer la más mínima concesión de principios, terminó doblegando a la potencia más poderosa de la historia que, aunque no ha cambiado en su objetivo de derrocar la Revolución, se vio obligada a reconocer el fracaso de una política de corte agresivo que no dio el resultado esperado.

La Revolución Cubana con todas sus conquistas sociales e ideales revolucionarios, continúan siendo hoy una herejía en un mundo donde lo que impone el sistema capitalista imperial es el egoísmo, el individualismo, la explotación, la discriminación, la violencia, la guerra, el consumismo, la enajenación, la pobreza y la desigualdad extrema.

A pesar de la triste noticia de su partida física, Fidel seguirá siendo el mayor hereje que ha enfrentado el imperialismo en la segunda mitad del siglo XX y lo que va del XXI. Esa herejía se hace inmortal, pues los revolucionarios del mundo, en especial los cubanos, llevamos con nosotros su espíritu y sus ideas. Nuestro mejor homenaje será seguir su senda hasta las últimas

consecuencias. Gracias Fidel, una vez más. Seguirás dando batallas y obteniendo victorias en este mundo. ¡Hasta la victoria siempre!

Notas

¹Sobre este tema exclamó Fidel en discurso pronunciado el 20 de abril de 1959: “Es importante señalar varios hechos, porque hay en el mundo muchas mentiras convencionales, porque todo el mundo parecía estar de acuerdo en que una revolución era imposible, cuando el pueblo no estaba hambriento; muchas personas creían que la revolución solo era posible cuando el pueblo estaba muy, muy hambriento, cuando estaban muriéndose de hambre. En segundo lugar, muchas personas aceptaban como una absoluta verdad que la revolución era imposible hacerla contra un ejército moderno, contra un ejército que tenía las mejores y más modernas armas: aviones, tanques, ametralladoras, bombas y todas las armas automáticas. Otra mentira: que la revolución era posible con el ejército, o sin el ejército, pero nunca contra el ejército. Eso tenía efecto sobre todo el mundo. ¿Por qué? Yo pienso que era porque ellas tenían muchas ideas confusas sobre lo que es una revolución y muchas personas creen o creían que una revolución es un simple golpe de Estado, es un simple derrocamiento de un gobierno para tomar su puesto, y ellas toman la palabra revolución como una palabra común de los que hablan sobre estos asaltos al poder, pero hasta las personas que creían conocer lo que era la revolución eran escépticas acerca de la posibilidad de combatir contra las armas modernas. Nuestra revolución estableció dos o tres cosas nuevas en el mundo: Primero, que la revolución es posible cuando hay una situación económica relativamente buena, cuando el pueblo no está desesperado, algunos desempleados, algunos hambrientos, las mismas cosas que en otras condiciones, en otros lugares. En segundo lugar, que la revolución era posible contra el ejército. En tercer lugar, que la revolución era posible contra un ejército moderno”.

²Véanse los libros de este autor, *Misiones en Conflicto* y *Visiones de libertad*, ambos publicados por la editorial de Ciencias Sociales.

[Ir arriba](#)



Fidel tendrá siempre todo el tiempo

Lic. Yosvany Alberto Montano Garrido
Profesor del Instituto Superior de Arte

El Jefe se nos fue sin despedirse, en su singular sabiduría fue capaz de reconocer que no necesitaba decir adiós, que comprenderíamos su partida. A la ciudad le fue robada la alegría; rostros largos, miradas trémulas y abrazos que reconfortan sustituyen por estos días la jocosidad tradicional del cubano. En las calles, las voces de cientos de jóvenes se funden en consignas y se

escuchan las canciones de siempre, con las que crecimos en las marchas de Fidel, las que se hicieron himnos en los combates que nos forjaron como revolucionarios.

Ahora que su dedo no volverá a señalar el argumento, la verdad, el camino; tenemos su pensamiento. Fidel es un proyecto, es el ciudadano común, el joven de la universidad, al artista de vanguardia o el cuentapropista del barrido. Fidel es el Partido y cada institución que representa y defiende al pueblo de los humildes que liberó definitivamente. Ahora nos toca no mistificarlo, no condenarlo al destierro de los mármoles y los bronce, del cual casi nunca se regresa.

Fidel tendrá siempre todo el tiempo, para conspirar y derrotar imposibles, para seducir a las masas, para estar en la primera trinchera y morir nuevamente si es necesario en el combate por su gente. “Emanciparnos por nosotros mismos y por nuestros propios esfuerzos”, “luchar por nuestros sueños de justicia para Cuba y para el mundo”, siguen siendo algunas de las tareas para cada cubano de estos tiempos y los que vendrán.

El Jefe se fue, pero no para quedarse, cada mañana volverá a estar en la bandera que se iza en la escuela que construyó con su constancia, en el enfermo que sana y en el joven que agarra su mochila, su guitarra y sale nuevamente a conquistar utopías desde el amor. Cuando la vida es sencilla y gigante la obra, entonces no se parte, la despedida es pretexto para estar siempre.

Ahora que no faltan elegías, que el dolor conmueve y se multiplica en cada rincón del mundo, queda la esperanza, la quimera y la palabra empeñada de lograr que la Revolución sea irreversible.

Cuando en las próximas horas rindamos homenaje frente a sus cenizas, los más jóvenes recordaremos a Mariana, la escucharemos repetir aquellas palabras que son campanas para el despertar de los pinos nuevos del pueblo, cuando a raíz de haber recibido Antonio su primera herida de guerra, le dijo a su hijo más pequeño, Marcos: “Empínate, que ya es hora de que pelees por tu patria como tus hermanos”.

Ir arriba



Eusebio Leal: “Fidel se entregó sin límites a la causa de su patria y tuvo por patria al mundo”

Magda Resik Aguirre

Eusebio Leal junto al líder de la Revolución Cubana, Fidel Castro. Foto: Cortesía del entrevistado.

El triunfo de la Revolución abrió todas las puertas a varias generaciones de cubanos. “Seguir las palabras de Fidel, que eran compartidas por todo un pueblo, fue para mí más que una sensación y una vivencia, un magisterio.”

Eusebio Leal Spengler, Historiador de la Ciudad de La Habana, tenía entonces mucha avidez de conocimiento y le había sido negada en la pobreza familiar la educación escolar anhelada.

Las oportunidades posteriores fueron de gran provecho para quien hoy tiene sus espacios ganados en disímiles academias y altas casas de estudio de Cuba y el mundo. Pero ante cada lauro, la reacción siempre es de gratitud a quien le permitió integrarse al proceso revolucionario desde su singularidad, su condición de cristiano, su devoción por una historia patria despojada de arquetipos y omisiones y su probada pasión por la defensa del patrimonio nacional.

Una noche intercambiaron pañuelos bordados con las iniciales, y Leal correspondió a la deferencia: **“Le doy mi Lealtad a cambio de su Fidelidad”. Y la lealtad y la fidelidad coronaron una amistad incondicional: “cuando tuve algún problema personal, se apartaba rápidamente de lo que estaba haciendo, me escuchaba, y si estaba en sus manos, daba una solución.”**

Así Leal fue comprendiendo cómo el liderazgo de ese cubano universal se había inspirado en el ideario de José Martí “el más agudo, el más intenso intérprete de la realidad de su tiempo, el más profundo conocedor de los cubanos”. Fidel rechazó todo dogma, reinterpreto continuamente la realidad y creyó sinceramente en las capacidades del hombre, en la vocación redentora de todo revolucionario. No le gustaban el engaño y la simulación. Con él “había que estar dispuesto a la verdad”.

Pero el atractivo mayor fue descubrir en “Fidel a un hombre de la cultura, a un pensador que se prepara, estudia y nunca cree suficiente el conocimiento adquirido”. Frente a él “no se podía improvisar” y contrario a lo que algunos suponen, dada su inmensa capacidad como orador – podía hablar horas ininterrumpidamente -, en el brazo de su butaca quedó la huella del pequeño hoyuelo marcado por el golpe seco de su dedo durante las largas horas que dedicó a escuchar el testimonio de otros y a cultivarse en la sabiduría ajena.

“Cuando conocí de él a partir de los testimonios de su propia vida – asegura Leal – supe que, por ejemplo, en los estudios universitarios era capaz de llevar muchas asignaturas al mismo tiempo, estudiar y a la vez, como está consignado en su expediente académico demostrar la enorme lucidez y capacidad para emplearse a fondo en muy diversas materias.

“Ha sido un lector incansable, ha leído de todo lo necesario para el conocimiento de la historia de la humanidad, de la cultura, la literatura, el arte. Ahí entran muchas apreciaciones cruzadas en mi memoria, de intelectuales que conocí que lo conocieron; de amigos y compañeros de lucha que compartieron con él momentos muy trascendentes y una de las cosas que a todos más nos impresionó fue su capacidad de adquirir conocimientos y proyectarlos en sus relaciones y en su discurso político.

“Una convicción le acompañó desde los primeros años de su vida: su destino estaba ligado indisolublemente a una causa de justicia social por la cual sacrificaría fortuna, tiempo, momentos para los amigos... todo cuanto fue necesario dejar a un lado para llevar adelante lo que él consideró justo, conveniente y necesario para Cuba”.

—Esa capacidad intelectual y ese cultivarse en el ejercicio constante del conocimiento le facilitaron sin dudas convertirse en el estadista y el hombre de connotación universal que es. ¿Qué hitos nos resaltaría hoy de esa impronta global de Fidel?

—Hay que depositar todo eso dentro de una personalidad muy singular. Un hombre pulcro, atildado, muy cuidado en su imagen en todo tiempo, un caballero, quiere decir, alguien que con cualquier persona, de cualquier ideología, de cualquier confesionalidad, podía hablar, conversar y traducir en su palabra ese sentimiento de respeto que su propia cultura y conocimiento humano le confirió como una virtud y una capacidad.

Lo recuerdo delante de mí conversando con figuras tan importantes como Rajiv Gandhi que era un hombre también de gran refinamiento personal; lo recuerdo hablando con el Papa Juan Pablo II y su impresión en relación con Su Santidad; lo recuerdo conversando con diferentes líderes revolucionarios latinoamericanos; lo recuerdo en las incontables visitas en las cuales quíe a mandatarios que él acompañó al Centro Histórico habanero.

Tuve la oportunidad de estrechar la mano a distintos líderes mundiales y latinoamericanos con los cuales él sostuvo una intensa relación como fue, por ejemplo, Salvador Allende a quien saludé por intermedio de Fidel como senador visitante en Cuba primero y luego en su visita presidencial.

En sus encuentros, más privadamente, Fidel siempre expresó aquél comedimiento, ese sentido que lo llevaba a saber desde cómo comportarse a la mesa, cómo hablar y sentarse, cómo dirigirse a las personas. Ejercía una especie de magnetismo sobre los demás. Y es que, a diferencia de lo que algunos creen, Fidel tenía una gran capacidad de escuchar al mismo tiempo que una gran capacidad para lograr ser escuchado.

—Entre esos hombres universales resalta la amistad de Fidel con Hugo Chávez que se expresó cual amor entrañable entre un padre y un hijo. Usted fue testigo del surgimiento de esa relación ¿cómo se produjo ese abrir la puerta a una amistad para toda la vida?

—Tengo fundamentos para creer que la persona con la que tuvo la mayor empatía, la que le sorprendió tremendamente por su capacidad, su patriotismo que era como un manantial que brotaba de manera espontánea, también un lector voraz, poseedor de una memoria fotográfica increíble, fue Hugo Rafael.

Tuve la suerte de estar entre los primeros cubanos que le conocieron. Estuve presente en el recibimiento cuando llegó por primera vez a Cuba y en la primera conversación entre los dos. Recuerdo la fascinación que Fidel sintió por aquél joven que venía tras las huellas de los próceres y con el interés de visitar los escenarios progresistas latinoamericanos y conocer de otras experiencias de militares comprometidos. No olvidemos a Omar Torrijos, a la revolución de las fuerzas armadas en el Perú... por ese camino andaba él inicialmente. Era un camino que debía lógicamente recorrer pues había sido un soldado formado, un oficial nacido en el seno de la academia, que tuvo muy buenos maestros, que conocía al dedillo la historia de su supremo mentor que era Simón Bolívar, quien lo fue también para Martí y Fidel.

Estaban creadas las condiciones para que Chávez se convirtiera en lo que fue. Recuerdo el momento en que estando juntos en Venezuela – tuve el honor de acompañar al Comandante Fidel – el venezolano le hace la solemne promesa de no defraudarlo. Y efectivamente, así fue con la vida y con la muerte.

—Evocaba a José Martí quien fue el asidero y la raíz del ideario del Comandante en Jefe. El Apóstol de Cuba en su tiempo dijo que cuando hay muchos hombres sin decoro, hay siempre otros que llevan en sí el decoro de muchos hombres... ¿Qué relación establecería usted entre esos dos grandes iluminados de la historia patria?

—Fidel fue profundamente martiano, no de fragmentos de la obra de José Martí sino de leer todas las biografías escritas, el epistolario sobre todo y podía recordar a la perfección distintos momentos no sólo de la vida sino de la obra política unitaria del Apóstol. A él le fascina cómo Martí logra de las causas y razones que perdieron la Guerra de los Diez Años abogar por y crear y convertirse en el factor de la unidad.

Esa idea de la unidad va a estar permanentemente en el ideario político de Fidel. Nada que desuna es para él importante. Nos dice como Martí que hay que estar siempre ardiendo en la luz del sol y no a la sombra. Nos dice que debemos situarnos en el hecho político que Martí supone y en toda la historia del país, al tiempo que reverencia a aquellos que se sacrificaron en aras de ese ideal y no lograron alcanzarlo.

Por eso su admiración por Bolívar o por Carlos Manuel de Céspedes. Profundamente *cespediano*, profesó una devoción al Padre de la Patria. Fidel fue un revolucionario que estaba movido por un gran patriotismo, de un alto sentido del deber que se impuso él mismo como disciplina.

Si de Martí se pudo decir que subía y bajaba escaleras como quien no tenía pulmones, que pasaba días enteros en vigilia, visitando y hablando, de Fidel igual. Lo he acompañado en jornadas inacabables que han comenzado por el día y por la noche también. Su más grande obsesión era dejarle al pueblo cubano una bandera. El servicio más grande o el último que ha prestado en vida a su patria no es solamente el haber dejado un acumulado de ideas, proyectos, iniciativas y obras,

sino también habernos dejado en este momento crucial una bandera no sólo de resistencia sino de triunfo.

En el momento en que escuchamos expresiones groseras de unos pocos y a otros que irrespetuosamente celebran la muerte, nosotros asistimos al espectáculo conmovedor de la despedida multitudinaria y universal de alguien que ha luchado tanto por la vida. Y la expresión del pueblo cubano en este instante, la que apreciamos y sentimos contenida en ese silencio que percibimos por las calles, es la más grande manifestación de respeto a un hombre que se entregó sin límites a la causa de su patria y tuvo por patria al mundo.

—Hay quienes auguran que después de Fidel Castro la Revolución cubana desaparecerá, que las jóvenes generaciones no están preparadas para continuar ese legado, que el país definitivamente se convertirá en esa fruta madura que caerá destruyendo a la nación independiente por la cual él tanto luchó junto a su pueblo. ¿Qué nos diría usted?

—Un hormiguero es lo que verán esos agoreros cuando traten de tocar al país en su yaga, en sus debilidades o defectos... un hormiguero. El pueblo cubano en este momento está tranquilo pero muy celoso de la dignidad de la cual Fidel ha sido un símbolo absoluto.

Tengo fe en el mejoramiento humano y en la utilidad de la virtud y en la vida futura como decía Martí. Y sé lo que él ha significado y lo que significará para las futuras generaciones. No se podrá escribir la historia universal del siglo XX, ni se podrá escribir la historia de nuestro país sin mencionarlo a él. Será como lo que respondió una vez Máximo Gómez ante una provocación: prueben a escribir la historia de Cuba sin mencionarme a mí.

—La corbata negra que usted porta hoy es como la encarnación simbólica de los momentos de más intimidad que compartió con Fidel. Usted hablaba del gran caballero que fue y sé que conoció de la inmensa bondad y también de la cólera de un hombre muy especial. ¿Cómo era ese Fidel que usted pudo disfrutar más próximamente?

—Fidel me honró con su amistad y honró con su amistad a mi madre que era alguien muy importante para mí y que él apreció en su valor como testigo de una época dura en la cual a ella le tocó vivir. Ella coincidió un poco generacionalmente con él aunque le llevaba casi veinte años. Por eso estoy muy cerca del sentimiento humano, de la capacidad de ser por un instante ese ser humano tan cálido y próximo; porque él – vale la pena aclararlo – era un político ante todo y todo el tiempo pues comprendió el valor de la política y sacrificó sentimientos muy propios. Pero cuando le planteabas alguna situación personal enseguida se apartaba y atendía ese tema.

Sé lo que significa su abrazo en un momento oportuno y sé lo que significa su mano en un momento oportuno. No era cosa que se regalaba y prodigaba. Él sabía ser severo, austero e ignorar la adulación que le molestaba extraordinariamente. Tenía un gran sentido de la cultura del refinamiento, vanguardista diría.

Yo tenía una corbata que llevaba por otras razones, siempre negra. Un día le dije a él: quiero pedirle algo, e inmediatamente abandonó lo que estaba atendiendo sentado a la mesa y me preguntó: ¿De qué se trata? Le planteé que necesitaba una corbata negra porque la mía se había deteriorado. Enseguida mandó las suyas y escogí entonces una. Es esta que llevo puesta hoy y que desde hace veintitantos años utilizo en ocasiones de gala. Siempre anudada porque entre mis tantos defectos está el no saber hacer el nudo de la corbata. En algunos lugares está raída, pero lo que no está raído es el recuerdo del que me la dio.

—El que se la dio le entregó muchos de los bienes personales que le habían obsequiado a lo largo de los años, en nombre de la nación cubana y para ella, y también muchos de lo que hoy se consideran bienes patrimoniales y se muestran en instalaciones museales del país. ¿Cómo se produjo ese legado?

—Cuando murió Celia (Sánchez) me ocupé personalmente por una designación de él de ordenar y clasificar todo lo que como jefe de estado había recibido. En ese sentido fue muy pulcro porque allí estaba absolutamente todo, desde un pañuelo bordado con sus iniciales, un libro dedicado, hasta cualquier objeto que le hubiesen entregado. Si un campesino en un campo de caña le había entregado una mocha de corte allí estaba.

Pero también había regalos primorosos de presidentes de diversos sitios del mundo. Recuerdo la biblioteca donde habían libros dedicados desde el Papa Juan XXIII hasta la madre de Gandhi, Indira. Un día en medio del período especial me acompañó al lugar donde estaba depositado todo pues ya me había ordenado distribuir aquello en todos los lugares donde fuera útil a Cuba.

Esa noche observó todo con detenimiento por última vez, en presencia del secretario del consejo de estado, el Doctor José Miyar (Chomi), quien le sirvió con una lealtad y modestia ejemplar. Le ordenó que levantara un acta y escribió el mismo de su puño y letra dándome ese legado y la responsabilidad histórica. Unas pocas horas después estábamos llevando a los asilos de ancianos la ropa y los abrigos que debieron ser adaptados por las monjas a las tallas propias del anciano que los usaría.

A los museos de toda la isla de Cuba desde Sandino hasta Baracoa llevamos esas cosas personales con la sola condición de que no se podía poner en leyenda alguna o referencia que eso lo había entregado él. De ninguna manera, independientemente de que muchas piezas bordadas en objetos manufacturados de América Latina y el mundo llevaban grabado su nombre.

Recuerdo que en una Mesa Redonda en la televisión, ante una calumnia, fue que entonces autorizó a contar esta historia y se reveló lo que con mucha prudencia, sentido común y silencio había hecho.

—Fidel fue un amante de las artes y las letras y un defensor consciente del patrimonio. ¿Cómo nos ejemplificaría Leal esa condición de Fidel?

—Ahí está el Museo Nacional de Bellas Artes que se amplió a dos edificios y se reinauguró en momentos muy difíciles para el país. Otras voces siempre querían salvar a cambio del patrimonio pero Fidel nunca. Tengo un escrito de él en relación con un automóvil muy bello que estaba a la venta por parte de una familia y él ordenó comprarlo y pagar lo que la familia pedía para luego poner una nota que decía: que no se venda a ningún precio. O el reloj del Padre Félix Varela regalo de José Antonio Saco con el que pasó lo mismo.

Y está el Decreto Ley 143 del Consejo de Estado firmado por él que considero es el monumento a la política más avanzada a escala mundial en la preservación del patrimonio de cualquier nación. Concedía personalidad jurídica, capacidad de poseer bienes patrimoniales y subordinaba mucho al interés de salvar la Habana Vieja que la veía como un bien extraordinario del país y serviría de ejemplo para un movimiento nacional de restauración y rescate del patrimonio.

Con la mente siempre puesta en los precursores, en los que habían luchado y en otros compañeros a los cuales había encomendado esa tarea, viendo que en ese momento me correspondía, pues me dio esa facultad. Hace unos pocos días tuve la satisfacción de hacerle llegar un mensaje cuando convertimos en una lápida de bronce sus palabras del decreto, para convertir en perpetua memoria ese avanzado proyecto de preservación patrimonial. Está colocada sobre las piedras del antiguo Palacio de Gobierno en la Plaza de Armas y así lo comuniqué al General Presidente, su hermano Raúl, también amigo y benefactor de la gran obra a favor del patrimonio.

Este tema me resulta particularmente sensible y quisiera hoy agradecerle a él, a su memoria dedicarle estas palabras porque el tiempo pasa también para mí, por todo lo que hizo por el pueblo cubano, por la humanidad y por qué no, también por mí. **Quisiera agradecerle a su familia y enviarle mi profundo pesar a su viuda Dalia Soto del Valle, a sus hijos todos, a su hermano**

Raúl, a sus hermanas y a todos los cubanos y a todas las personas del mundo que en este instante sienten como suyo el dolor de su transitoria partida. Como dijo una vez Martí: mi verso crecerá bajo la yerba y yo también creceré. Él también crecerá.

—Hoy, después de conocerle de tantas maneras, ¿cuáles cree el historiador que fueron las condiciones que en los orígenes de su vida allá en Birán – como si se tratara de un viaje a la semilla – condicionaron la naturaleza y el carácter de Fidel?

—Las recientes publicaciones de la obra hecha por Katiuska Blanco, son a mi juicio un aporte fundamental para el conocimiento de Fidel, la familia y de esa primera historia. He leído otros textos también y he tenido el testimonio directo, a lo largo de muchas conversaciones, con sus hermanos, Ramón, Raúl, con sus hermanas... todas me dieron en algún momento un testimonio de lo que fueron aquellos años.

Birán es toda una explicación. Él tuvo un culto particular por sus padres como lo han tenido todos sus hermanos. Un culto particular por Lina y un culto particular por Ángel el soldado español que vino a la guerra de Cuba, levantado en las quintas españolas y que llegó a esta tierra y se enamoró del país. Estuvo enfermo en los hospitales de campaña, en la trocha de Júcaro a Morón y posteriormente, es embarcado de regreso con las tropas exhaustas, vencidas y enfermas. Pero apenas un año después regresa y en una proeza personal y con amigos fieles, logró la tierra que se fue convirtiendo en una especie de pequeño reducto entre los grandes cañaverales de los grandes latifundios norteamericanos.

Birán fue en cierta medida una utopía. Veintisiete construcciones entre las cuales destaca la escuela, cosa que no era común de ninguna manera en una finca particular, en una casa de familia. Poseía una distribución que permitía tener ciertas condiciones muy excepcionales para los trabajadores que allí operaban en especial los trabajadores negros haitianos que allí llegaban forzados a emigrar de su país, a los cuales Fidel y Raúl siempre se han referido con mucho afecto y compasión.

Birán fue siempre el punto de regreso pero también el punto de partida. Hay un momento en que la partida se hace definitiva porque los hijos de Ángel deben ir a enfrentar la populosa Habana. Ya no era el ambiente coloquial y familiar de Santiago de Cuba. Ahora sería la gran Habana, la urbe donde estaba la única institución de alta docencia en Cuba, la universidad.

Y ahí llegaron los hermanos y Fidel con el más pequeño, con Raúl. Entonces comienza el gran debate. Muchas de las cosas aprendidas en Birán aparecen con fuerza, la disciplina, el amor a la tierra, a la montaña... Fidel narra su aventura subiendo a los montes, esos pinares que siempre recuerda, de Mayarí. Recuerda con mucha ternura la vida campesina que le confirió un sentido muy humano y particular a su vida. Me refrenda la idea de que el ser humano se forja en el seno de una familia y a partir de ciertas virtudes fundamentales como son el espíritu de trabajo, la honradez, la compasión hacia los demás, el sentido de la justicia... sobre esa base se levantan luego las virtudes políticas.

—Fidel se refirió al Che alguna vez de este modo: Hay personas que da trabajo resignarse a la idea de su muerte. ¿Qué le diría hoy al pueblo cubano al cual le cuesta mucho resignarse a la idea de la muerte de Fidel?

—Él tenía su propia medicina reservada. Así nos lo expresó en su última comparecencia en el congreso del partido. Fidel era profundamente martiano y Martí dijo: La muerte no es verdad cuando se ha cumplido bien la obra de la vida. Ahí está la clave.

Crónica rota ante la muerte de Fidel

Alexis Díaz-Pimienta

I

En la capital cubana
todos esperan diciembre.
Suena la radio: *El que siembre
su maíz que [...] su pinol...*
Jóvenes bebiendo alcohol.
Novios bailando o amando.
Y turistas intentando
ser y estar en español.

Todo parece normal.
Música. Mar. Malecón.
Tabacos. Chatinos. Ron.
Qué bien esto. Esto qué mal.
Todos en la capital
desempeñan su papel.
*Y la mesa sin mantel.
Viva el harapo, señor.*
Qué belleza... Qué calor...
Y en eso murió Fidel.

Raúl en televisión,
serio, detrás de una mesa.
El peso de la tristeza
inunda su intervención.
Dolorosa transmisión.
Raúl detrás de un papel.
Mirada con desnivel.
El tono del desconcierto.
Y una frase en vivo: *Ha muerto
el compañero Fidel.*

Imagino a los que estaban
ante los televisores.
Silencio de espectadores.
No lo creían. Dudaban.
Algunos que despertaban
a los que estaban durmiendo.
Cuba entera muda, viendo
a Raúl. Triste Raúl.
Negro nuestro cielo azul.
No puede ser... ¿Qué...? ¡Tremendo!

¿Por qué si siempre supimos
que estaba próximo el día
nos queda esta apoplejía

emocional que sentimos?
¿Por qué, incluso si admitimos
que tuvo Naturaleza
la histórica gentileza
de retrasar “el momento”
nos queda este sentimiento
de orfandad y de sorpresa?

Porque Fidel es Fidel
y la inmensa mayoría
de nosotros se creía
(o cree) más Fidel que él.
Porque el asalto al cuartel,
porque el batistiano infierno,
porque el tiempo en el gobierno,
porque la barba y la sierra
y los pobres de la tierra
y... “seguramente eterno”.

Raúl dijo, serio: *Ha muerto
el compañero Fidel.*
Y todo un país, por él,
se ha hundido en el desconcierto.
Cero alcohol. Cero concierto.
La gente se siente mal.
Días de luto oficial.
Y entre el llanto y el halago
va de La Habana a Santiago
el cortejo funeral.

II

Tu discurso más largo, Comandante,
de casi mil kilómetros de largo,
un discurso silente, triste, amargo,
sin gestos de orador impresionante.
Tu discurso más verde, Comandante,
lo has dado recorriendo la isla entera.
Una urna de cristal y de madera,
tu casa de Ave Fénix verde olivo,
recorre tu país vistiendo, en vivo,
tu mejor uniforme: la bandera.

III

Me siento sin palabras, yo que las tuve todas,
yo que alardeaba tanto de locuacidad.
Me veo pequeñísimo, mitad de la mitad.
Todas mis no-palabras son elegías, odas,
loas y panegíricos... Todos somos rapsodas
hundidos en el limbo del duro escepticismo.
Yo también militante del mejor fidelismo.
Yo también soy Fidel, siempre fui, sin alardes.
Callar no es ni siquiera la opción de los cobardes.
Callar es enterrarse cada cual en sí mismo.

IV

Y la urna cineraria de cedro y cristal que contiene tus cenizas
recorre el camino inverso de la Caravana de la Libertad
va de La Habana hasta Santiago en la Caravana de la Eternidad,
surca un país entero, cruza un camino verde en el que te eternizas.
Entre cánticos patrios, vítores vívidos y lágrimas mambisas,
la verde caravana avanza, avanza, avanza, lentamente fugaz.
Se mezclan en las voces los serios Hasta Siempre y los Descansa en Paz.
rezos yorubas, salmos, cábalas numerarias e himnos de voz rota.
Y nadie dice “muerte” y nadie dice “miedo” ni “olvido” ni “derrota”.
Y mirándolo todo la Muerte se declara legalmente incapaz.

V

Es difícil ser cronista
de un hecho así, sin estar.
Prefiero recuperar
mi *Acróstico fidelista*.
Mi homenaje decimista,
pequeño, insignificante,
sin discurso delirante,
sin ocultar, sin mentir,
es mi forma de decir:
¡Hasta Siempre, Comandante!

Comandante y compañero,
hOmbre lleno de energías.
hoMugno en fotografías
tomAdas el año entero.
ComaNdante y guerrillero.
ComanDante verde olivo.
ComandAnte siempre activo.
ComandaNte retratado.
ComandanTe eternizado.
ComandantE al verde vivo.

[Ir arriba](#)



Publicación digital de la Comisión de Cultura y Medios de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba, en colaboración con la Asociación Hermanos Saíz y el Ministerio de Cultura.

Consejo Editorial: Elier Ramírez Cañedo, Magda Resik, Luis Morlote, Rolando Pérez Betancourt, Paquita Armas Fonseca.

Estos textos pueden ser reproducidas libremente (siempre que sea con fines no comerciales) y se cite la fuente.

Nuestro correo electrónico: revistasedicecubano@gmail.com

[Ir arriba](#)